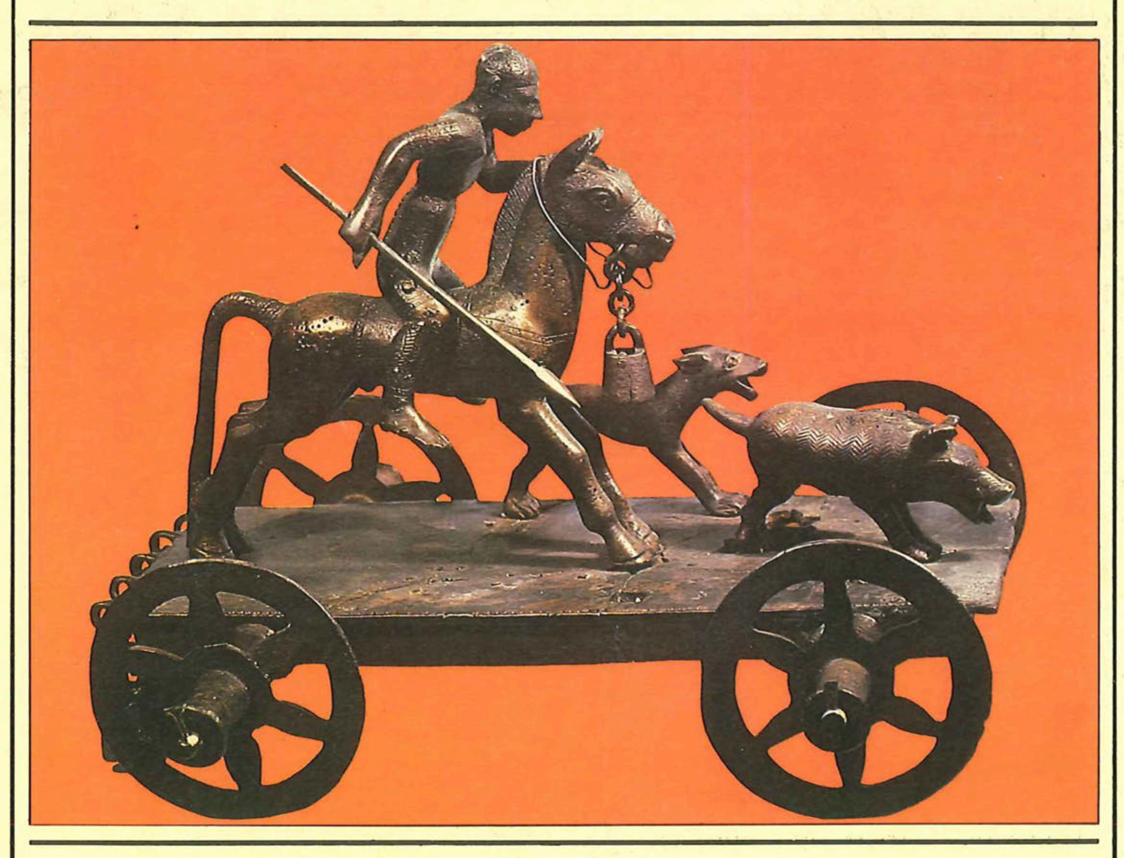
CUADERNOS
historia 16

Los celtas en España

María A. del Rincón, María L. Pericot y Josep M. Fullola



20

125 ptas

CUADERNOS historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Las Comunidades • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de Africa • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Don Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: La Segunda Guerra Mundial (1) • 66: La Segunda Guerra Mundial (2) • 67: La Segunda Guerra Mundial (y 3) • 68 Las herejías medievales • 69: Economía y sociedad en la España del siglo XVIII • 70: El reinado de Alfonso XII • 71: El nacimiento de Andalucía • 72: Los Olmecas • 73: La caída del Imperio Romano • 74: Las Internacionales Obreras • 75: Esplendor del Imperio Antiguo de Egipto • 76: Los concilios medievales • 77: Arte y cultura de la Ilustración en España • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El Estado español en el Siglo de Oro • 82: El «crack» del 29 • 83: La conquista de Toledo • 84: La sociedad colonial en América Latina • 85: El Camino de Santiago • 86: La Guerra de los Treinta Años • 87: El nacionalismo catalán • 88: Las conferencias de paz y la creación de la ONU • 89: El Trienio Liberal • 90: El despertar de Africa • 91: El nacionalismo vasco • 92: La España del Greco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia del mundo árabe • 95: La España de Recaredo • 96: Colonialismo e imperialismo • 97: La España de Carlos V • 98: El Tercer Mundo y el problema del petróleo • 99: La España de Alfonso XIII • 100: Las crisis del año 68.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
REDACTOR JEFE: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: María del Carmen Nieto. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 228 84 01, 228 47 03 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-85229-80-0, tomo II.
Depósito legal: M. 41.536. – 1985.



Cabeza masculina en un bronce celta

Indice

LA penetración del conjunto de pueblos situados bajo la común denominación de celtas habría de servir para configurar en medida muy elevada la ordenación étnica y cultural de la Península Ibérica. Los restos conservados sobre nuestro suelo no resultan proporcionados en absoluto a la trascendencia que su presencia supuso para el mismo. Hoy mismo, la zona noroeste de la Península reclama su directa ascendencia celta, hermanándose de este modo sobre una variedad de planos con los demás territorios del Occidente europeo que asimismo se consideran directos depositarios de los valores de aquella cultura.

Los trabajos que integran este Cuaderno *sirven como perfecto material ilustrador acerca de la realidad de aquellas poblaciones, así como de su incidencia sobre el espacio ibérico. Mediante ello contribuyen a difundir el conocimiento de una realidad repetidamente citada pero escasamente conocida de forma rigurosa.*

La expansión celta

Por M.ª Angeles del Rincón Martínez
Profesora de Historia Antigua. Universidad de Barcelona

LAS primeras noticias escritas que tenemos sobre los celtas las debemos a los historiadores griegos. Herodoto es el primero que los cita en el siglo V a.C. y después aparecen en las obras de Eforo y Eratóstenes. Todos ellos están de acuerdo en considerarlos como uno de los grandes pueblos bárbaros —es decir, extranjeros, no griegos— que habitaban Europa y son ellos los que acuñan la denominación de *keltoi* para referirse a los mismos, atribuyéndoles geográficamente el territorio occidental de Europa al norte de los Alpes. Pero serán los historiadores romanos quienes nos proporcionen un noticiario mucho más extenso y esclarecedor sobre su modo de vida, sus sistemas de gobierno, sus costumbres. Y esto gracias a que los romanos tuvieron muchas oportunidades de observar directamente su comportamiento; primero, en los enfrentamientos militares llevados a cabo en Francia —la Galias—, Gran Bretaña o la Península Ibérica; después, en la convivencia tras su conquista.

La Arqueología ha podido verificar estos datos históricos y actualmente disponemos de una serie de poblados, de necrópolis, de un arte, una religión y un idioma que, con toda seguridad, podemos denominar celtas.

Ahora bien, ¿qué entendemos por celtas? ¿Es una unidad antropológica, racial? ¿Se trata de una comunidad que, ocupando gran parte del territorio europeo, se autodenomina celta? ¿Acaso son una serie de comunidades que comparten unos rasgos culturales que vistos desde fuera —por los griegos o los romanos— presentan una homogeneidad a la que se da el nombre de celta?

Para contestar estas preguntas hay que reconocer que los celtas —cuya civilización clásica recibe el nombre de La Tène y se desarrolla entre el 500 a.C. y la conquista romana— son el resultado de un proceso formativo muy complejo, en el que entran en juego elementos antropológicos y culturales muy diversos y que se inicia a finales del segundo milenio a.C. con la expansión hacia Occidente de los que, por razones lingüísticas, llamamos indoeuropeos. El celta es una de las lenguas integrantes de la gran familia lingüística indoeuropea a la que pertenecen otras lenguas de distribución tan distante como el latín, el griego, el germano, el hittita o el sánscrito, por citar algunas.

En este momento, a finales del segundo milenio, la zona central donde se pueden constatar arqueológicamente una serie de transformaciones culturales y posiblemente, en parte, étnicas es la que se extiende entre Suiza, el sur y sudoeste de Alemania y la región oriental de Francia. La cultura propia de este territorio durante la Edad del Bronce era la Cultura de los Túmulos, de-

Tazón celta de oro calado, siglo V-IV a.C. (Museo Estatal de Berlín)

Relieve en plata dorada procedente de Jutlandia, siglo I a.C. (Museo Nacional de Copenhague)

Vaso procedente de Prunay (Marne), siglo IV a.C. (Museo Británico)





nominación que le viene dada por su rasgo más definitorio: inhumaciones cubiertas por un gran túmulo de tierra. Pero identificada también por unos rasgos culturales, como su cerámica, con ricas decoraciones excisas o incisas y una desarrollada y personal metalurgia del bronce.

Cultura de los Campos de Urnas

Pero hacia los siglos XIII y XII a.C., estos elementos culturales se nos aparecen de repente sustituidos por otros totalmente nuevos: cerámicas con formas diferentes, sin decoración o con una decoración muy sencilla de acanalados —después vendrán los motivos incisos y pintados—, pero sobre todo una tradición funeraria muy distinta: el muerto ahora es incinerado, sus cenizas introducidas en una urna que a su vez es enterrada, junto con el ajuar, bajo tierra y sin dejar ningún signo externo. De nuevo el ritual funerario es lo que ha servido para denominar a esta fase como Cultura de los Campos de Urnas.

Si admitimos que los rasgos de cultura material —cerámica, metalurgia—, pero sobre todo las creencias religiosas —reflejadas en un determinado ritual funerario—, son definitorias de la idiosincrasia de un pueblo, cuando ocurren en ellos unos cambios tan radicales como los observados en el siglo XIII a.C. en estos territorios, seguramente hay que admitir la llegada de nuevas gentes con una fuerza capaz de imponer su propia idiosincrasia. Pero lo más probable es que no se trate de una invasión numerosa que elimine por completo a la población anterior. En este caso ni desaparece la población anterior ni sus rasgos culturales porque, pasados los primeros momentos de cambio repentino, los vemos resurgir en convivencia con los recién llegados.

Efectivamente, cuando se produce la expansión de la Cultura de los Campos de Urnas hacia Occidente —hasta llegar a la Península Ibérica y a las Islas Británicas— nos encontramos con una mezcla de tradiciones cerámicas y funerarias que constatan esta fusión o convivencia. Seguramente, más que de invasión habrá que hablar —en el caso de que admitamos movimientos de pueblos— de migraciones de grupos, dotados de una fuerza militar superior, que se imponen sobre las poblaciones ya establecidas en forma de minorías dirigentes, lo que concuerda con los rasgos aristocráticos y bélicos que nos presentan las sociedades celtas en los momentos muy posteriores de enfrentamiento militar con los romanos. Esta minoría dirigente puede acabar en un momento dado imponiendo su lengua, sus instituciones, sus creencias y sus tradiciones cerámicas y metalúrgicas, pero sin anular las preexistentes que, pasado el momento innovador, resurgen y contribuyen a diferenciar a los distintos grupos que se ven afectados por el mismo fenómeno.

Esta Cultura de los Campos de Urnas, que a partir de la región del Rhin se extiende hacia Europa occidental, se considera protocelta, denominación quizá no del todo adecuada, a menos que no se la entienda en el sentido de que estas comunidades son protagonistas de su propia transformación cultural. En términos arqueológicos, la Cultura de los Campos de Urnas se transforma en el siglo VIII a.C. en la Cultura de Hallstatt —primera Edad del Hierro—, ya propiamente celta, y a partir del siglo V a.C. adoptará su forma clásica de Cultura de La Tène o segunda Edad del Hierro, caracterizada por una sociedad perfectamente jerarquizada bajo una aristocracia militar que encuentra su expresión arqueológica en los ricos enterramientos tumulares y que es la que va a ser conocida por griegos y romanos. En este momento los celtas ocupan una extensión geográfica muy amplia, que va desde las Islas Británicas hasta Asia Menor.

Volviendo a las preguntas que nos planteábamos al principio, la denominación de celtas es una creación griega para referirse a un mundo cultural más o menos homogéneo. Lo más probable es que sus protagonistas no se autodenominaran celtas ni siquiera que fueran conscientes de su pertenencia a un mundo cultural tan amplio. Los mismos historiadores romanos nos hablan de grandes unidades: galos, belgas, britanos, galaicos, lusitanos, celtíberos que a su vez incluyen otras denominaciones tribales. Hay que desechar totalmente el que el mundo celta responda a una unidad racial. No tenemos muchos restos antropológicos que permitan hacer un estudio de las características raciales, porque la generalización del ritual de la incineración nos ha privado de ellos. Pero, como hemos dicho antes, aunque admitamos migraciones de grupos más o menos amplios, la población preexistente debía pesar lo suficiente como para impedir cualquier uniformidad racial.

El concepto de celtas hay que entenderlo más bien como una unidad cultural amplia, en el sentido de que incluye toda una serie de comunidades totalmente independientes unas de otras —excepción hecha de posibles relaciones comerciales o posibles

Urna cineraria hallada en Agullana, Gerona (abajo). Distribución de las diferentes etnias ibéricas (derecha).

movimientos de grupos—, pero que, a pesar de esta independencia y del amplio espacio geográfico que ocupan, comparten unas ideas que son las mismas y que reflejan un origen común.

Indoeuropeización de la Península Ibérica

Tras la llegada de grupos de Campos de Urnas a la zona del Rhin parece que se produce un reajuste de pueblos, cuya consecuencia es la expansión de elementos culturales —y posiblemente de gentes también— hacia Occidente, afectando a la Península italiana, Bélgica, Francia y, finalmente, a las Islas Británicas, desde la fachada atlántica, y a la Península Ibérica, a través de los Pirineos.

La introducción de elementos indoeuropeos en la Península no hay que entenderla como el resultado de una sola invasión. Lo que nosotros llamamos invasiones indoeuropeas debió de ser más bien un paso continuo, con mayor o menor intensidad, en épocas determinadas, de grupos integrados por familias en busca de unas tierras donde establecerse y poder desarrollar sus actividades económicas. Será precisamente el tipo de economía practicada lo que les inducirá a elegir lugares llanos o cerca de los ríos propios para una agricultura de secano o regadío, o bien tierras más altas con pastos naturales propias para unas actividades ganaderas. Estos grupos están dotados de una gran movilidad, sobre todo los de economía pastoril, y esto queda perfectamente reflejado en algunos poblados que presentan muy poco espesor de estratos, a veces un solo nivel de habitación, reflejando una ocupación corta y un posterior abandono en busca de nuevas tierras. Por el contrario, otros poblados tienen una potencia de estratos que nos habla de una ocupación prolongada, y el hecho de que busquen lugares elevados para fundar el poblado y de que lo rodeen de una muralla denota la existencia de unas ciertas inquietudes defensivas. Es posible que este tipo de poblados pertenezca a grupos agrícolas que, naturalmente, tienen un sentido de propiedad de la tierra —y, por tanto, de la necesidad de defenderla— mucho más acentuado.

El hecho de que estas «invasiones» sean un proceso más o menos continuo explica la aparición de rasgos culturales de cronologías muy diversas, que van desde el Bronce Final o Primera Edad del Hierro —Hallstatt A y B— hasta la época en que realmente se generaliza el uso del hierro —Hallstatt C.

No conocemos el momento en que se inician las primeras migraciones. Actualmente disponemos de una fecha de carbono 14 para el Castro de Henayo (Alava), en el que se ha obtenido una cronología de siglo IX a.C. Tradicionalmente, a base de estudios tipológicos de cerámicas y bronces y de sus paralelos con otras áreas culturales ya fechadas se admitía el siglo VIII a.C. como momento inicial. Esta cronología ha resultado en exceso prudente, por lo que se tiende a considerar la posibilidad de unas fechas más antiguas,

sobre todo si pensamos que para Francia se tienen cronologías de los siglos XI y X a.C. y que los Pirineos no debieron constituir una barrera infranqueable para los grupos humanos, muy en especial si practicaban una actividad económica pastoril.

Estas infiltraciones se hicieron aprovechando los pasos naturales de los Pirineos y afectaron muy directamente al valle del Ebro y Cataluña. Atravesando los pasos occidentales llegan grupos, por un lado, a la Llanada Alavesa —dos poblados importantes son el Castro de Peñas de Oro y el de Castillo de Henayo— y a la cuenca Alta del Ebro —hallazgos de Pamplona, El Redal, Fitero, Cortes de Navarra, entre otros. El otro paso es el que utiliza los valles de los Pirineos centrales y, sobre todo, la cuenca del Segre, marcando nuevamente un camino de descenso hacia el Ebro —poblados de La Pedrera de Vallfogona de Balaguer, Cabezo de Monleón, Záforas, Roquizal del Rullo y toda la serie de poblados ibéricos del Bajo Ebro que conocen su momento inicial en esta época—. Los pasos orientales fueron quizá los más frecuentados y a través de ellos se produce una expansión intensa de elementos indoeuropeos por toda Cataluña hasta llegar a la desembocadura del Ebro. La comprobación arqueológica la tenemos en la abundancia de materiales procedentes de cuevas, pero muy especialmente en el gran número de necrópolis, que responden a las más puras tradiciones de Campos de Urnas: Agullana, Can Missert de Tarrasa, Molá, etc.

Colonización del valle del Ebro

Si tras estas infiltraciones comparamos el panorama cultural del Ebro y Cataluña, con lo que ocurre o va a ocurrir en el resto de la Península, podemos afirmar que fueron aquellos territorios los únicos que en principio sufrieron un proceso intenso de indoeuropeización y seguramente los que conocieron asentamientos importantes de gentes ultrapirenaicas. Efectivamente, aquí es donde nos encontramos con los rasgos indoeuropeos más claros. El tipo de casa de planta rectangular, con muy pocas divisiones internas y con unos elementos constantes, como son el hogar central y el banco corrido; la disposición de las casas unidas unas a otras por muros medianeros y alineadas a ambos lados de una calle central, responden a un plan urbanístico premeditado típicamente indoeuropeo. Asimismo, los enterramientos, en los que se ha generalizado el ritual de la incineración, y que se agrupan formando necrópolis de Campos de Urnas —sobre todo en Cataluña—, o bien se realizan bajo túmulo, como en las provincias de Zaragoza, Teruel y algunos puntos del Segre. Las cerámicas con formas bitroncocónicas y decoraciones geométricas excisas, incisas, acanaladas o pintadas encuentran sus paralelos más próximos allende los Pirineos; del mismo modo, la metalurgia del bronce —y en menor escala la del hierro— demuestran un origen europeo.

Los rasgos tan característicamente indoeuropeos de los hallazgos, así como su relativa densidad y su continuidad geográfica, confirman la entrada de grupos que se asientan sobre unos territorios, habitados desde antiguo, aprovechando una baja densidad de población —en el caso del valle del Ebro— y una posible predisposición a la receptividad ultrapirenaica por parte de Cataluña que ya desde el Neolítico presenta unos rasgos comunes y unas relaciones con el sur de Francia y norte de Italia.

Lo que es evidente es que estos grupos supieron aprovechar las posibilidades económicas de los territorios donde se asentaron y en este sentido fueron los primeros que valoraron y explotaron la capacidad agrícola del valle del Ebro, realizando una verdadera colonización, como lo demuestra la situación de los poblados en sus orillas o en las de sus afluentes.

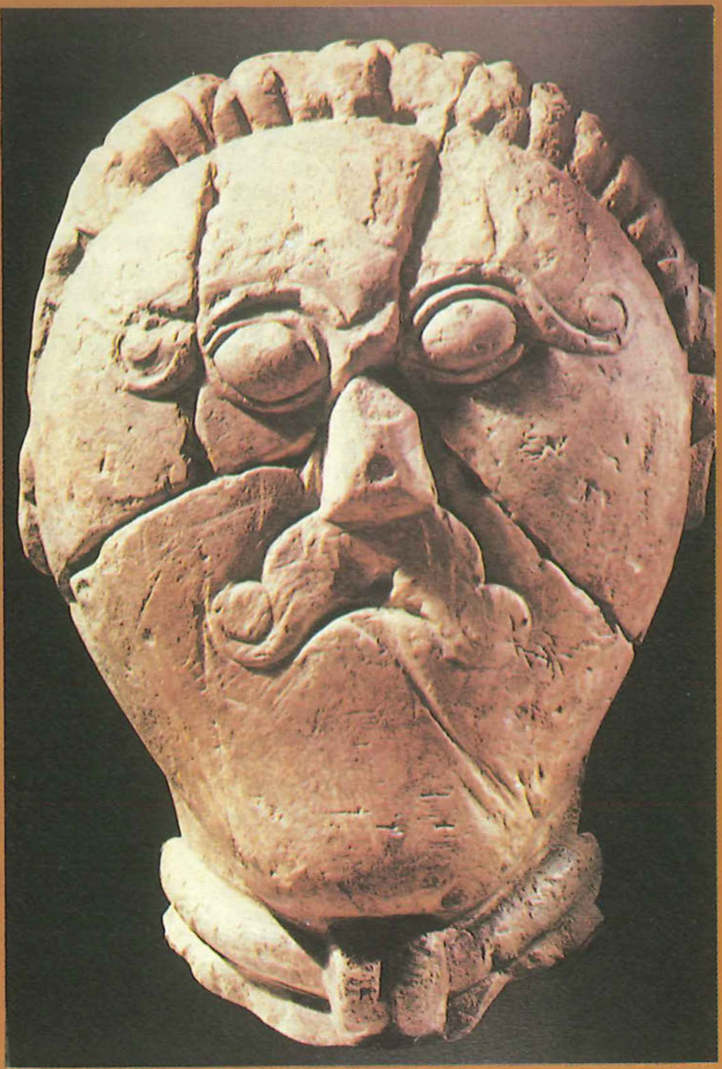
Desde el Ebro, a través de los valles abiertos por los afluentes de su margen derecha, sobre todo por el Jalón y el Jiloca, se introducen elementos que van a ocupar las altas serranías de Soria y Teruel, propicias para el desarrollo de una economía pastoril con una agricultura subsidiaria de secano. Yacimientos de esta época son las Tajadas de Bezas y los niveles inferiores de la mayoría de castros sorianos, como Numancia, por ejemplo. Es preciso recordar que estamos en tierras del Moncayo, con abundancia de hierro, y que la posesión de esta materia prima va a potenciar a estos grupos cuando se generalice la metalurgia del hierro.

Predominio indígena en la Meseta

También la Meseta, sobre todo en su mitad septentrional, se ha considerado tradicionalmente como otra zona de expansión indoeuropea. Pero aquí las características son muy distintas a las del valle del Ebro. En la mayoría de los casos los rasgos de origen europeo se traducen en la utili-



Fragmento de la vaina de una espada, La Tène, siglo III a.C. (Museo cantonal de Arqueología, Neuchâtel, Suiza)



Cabeza en piedra, siglo II-I a.C. (Museo Narodni, Praga)

Fíbula de bronce y esmalte, siglo II-I a.C. (Museo Arqueológico de Zagreb)



zación de técnicas decorativas cerámicas, como la excisión, o en menor escala, la pintura. Cerámicas de este tipo, junto con otras de tradición totalmente indígena, se encuentran en un gran número de yacimientos que se extienden desde Burgos (Castro de Yecla, en Santo Domingo de Silos), Palencia, León, Zamora, Valladolid (silos de San Pedro Regalado), Salamanca (Cerro del Berrueco), Avila (Los Castillos de Sanchorreja, Las Cogotas), Areneros del Manzanares y algunos hallazgos de la Meseta meridional. Todos estos hallazgos revelan una ocupación de las tierras altas propicias para una economía pastoril, y también el inicio de la explotación de las posibilidades cerealísticas de la cuenca del Duero y muy especialmente el área del Pisuerga, siendo uno de los hallazgos más representativos el poblado de Soto de Medinilla, en Valladolid.

El hecho de que poco después, a partir del siglo V a.C., la Meseta se convierta en una de las áreas celtas más importantes de la Península hace pensar en la posible llegada de elementos indoeuropeos ya desde fecha muy antigua y procedentes de la Llanada Alavesa y alto Ebro a través del paso natural del Pancorbo. Efectivamente, las similitudes entre hallazgos alaveses y de la Meseta norte indican la existencia de algún tipo de relación. Ahora bien, la mayoría de los rasgos culturales que acompañan a las cerámicas excisas y pintadas reflejan un ambiente indígena más que indoeuropeo: estructura de casas y poblados, formas cerámicas y perduración de tradiciones decorativas procedentes del vaso campaniforme. Esto indica que el proceso seguido aquí fue distinto al del valle del Ebro y Cataluña; mientras allí se apreciaba un predominio y un poder de absorción por parte del elemento indoeuropeo, en la Meseta el panorama se nos presenta a la inversa, predominio de un ambiente indígena con introducción de algunos rasgos culturales extranjeros, como algunas decoraciones de las cerámicas.

Es muy posible que grupos aislados de indoeuropeos llegaran algo más al Sur, a Extremadura y tierras portuguesas vecinas. Las fuentes nos citan allí a los célticos —una de las pocas veces en que aparece este nombre aplicado a una tribu concreta—. Allí han aparecido unos enterramientos marcados por grandes estelas de piedra con representaciones figuradas en las que se hace hincapié en los atributos bélicos, como carros, espadas, cascos, etc., y que podrían corresponder a las élites de estos grupos.

Para el resto de la Península, sobre todo la costa mediterránea, al sur del Ebro —Tossal del Castellet, Vinarragell, Cabezo Redondo de Villena—, y de Andalucía —Monachil y Purullena, en Granada; Carmona, en Sevilla—, tenemos algunos hallazgos, sobre todo cerámicas, que plantean la posibilidad de infiltraciones de rasgos indoeuropeos en un ambiente cultural totalmente ajeno a lo que hemos visto que ocurre en parte de la Península o más allá de los Pirineos. La aparición de estos elementos puede explicarse por lógicos contactos entre áreas culturales vecinas o por relaciones económicas más concretas de tipo comercial o por utilización de caminos de trashumancia.

Céltica e Iberia

Si el elemento europeo desempeña un papel fundamental en la configuración y diversificación cultural de la Península, no es menos importante el protagonizado por el factor mediterráneo. Sincrónicamente a los acontecimientos anteriormente citados y con una especial incidencia entre los siglos VIII al V a.C., se producen los contactos comerciales de fenicios y griegos con los pueblos de la costa mediterránea y andaluza. Estos contactos iniciales se concretan después en la fundación de colonias y emporios que constituyen verdaderos enclaves extranjeros dentro de un ambiente indígena. Este elemento extranjero mediterráneo actuará de acicate e influirá en el desarrollo interno de los pueblos de la franja mediterránea, Bajo Ebro y Andalucía, dando como resultado la configuración de una cultura típicamente mediterránea: la Cultura Ibérica.

Mientras tanto, los pueblos del interior de la Península protagonizan un desarrollo autóctono sin participar del que se está produciendo más allá de los Pirineos y que consolidará el gran mundo celta de la cultura de La Tène. A pesar de este aislamiento, por supuesto no total, estos territorios van a constituir la Hispania Céltica, con unas características culturales de cariz netamente continental.

Este desarrollo autóctono no significa, sin embargo, que estemos ante un panorama estable. Por el contrario, la inseguridad parece ser la nota dominante de estos tiempos. Circunstancia que se aprecia en la necesidad que tienen los poblados de defenderse, para lo cual eligen lugares altos, con un dominio perfecto del territorio circundante y, además, construyen un complicado sistema de murallas, fosos y terra-

plenes. El incremento y perfeccionamiento de las armas, reflejado en los ajuares funerarios, responde asimismo a una sociedad integrada fundamentalmente por guerreros. Y motivos no faltan. Por un lado, se aprecia arqueológicamente un movimiento interno de pueblos que, en su expansión, invaden territorios que otras tribus ya anteriormente establecidas. Movimientos que sabemos no han acabado en el momento de la llegada de los romanos.

Gracias precisamente a los datos que nos proporcionan los escritores romanos conocemos ya los nombres de las tribus que protagonizan esta etapa, que se inicia con los albores del siglo V a.C. Las áreas culturales que pueden diferenciarse son las siguientes:

La zona del Ebro, no ibérica, sobre todo en su margen derecha, alrededor de la sierra del Moncayo, estuvo ocupada por tribus celtibéricas: pelendones, arévacos, celtíberos, lusones, bellos y titos. Esta área, en el momento inmediatamente anterior, había sido ocupada por grupos fundamentalmente pastores —es posible que fueran ya los pelendones—, mientras que después se aprecia una intensificación de las actividades agrícolas, hecho que se relaciona con un movimiento de expansión de los arévacos. La posesión de las minas de hierro del Moncayo provocará la potencialización de estos grupos y su posterior expansión y contactos con otras áreas culturales, sobre todo con la ibérica, que se extiende más allá de su frontera oriental. Estos contactos tienen como consecuencia que la cultura celtibérica —en su momento de máximo desarrollo del siglo III a.C.— esté teñida de rasgos típicamente mediterráneos, como puede apreciarse en la estructura urbana de Numancia, en las formas y en algunos motivos decorativos de las cerámicas pintadas numantinas.

Más al Sur, el alto valle del Tajo, está ocupado por los carpetanos, algunos de cuyos rasgos culturales, fundamentalmente cerámicas y armas, presentan claras analogías con la zona ibérica.

Cultura de los Castros

En la Meseta occidental se desarrolla la Cultura de los Castros —así llamada porque el castro fortificado es su elemento definidor—, conocida también como Cultura de los Verracos, por sus esculturas zoomorfas, de las que los Toros de Guisando son el ejemplo más conocido. Las fuentes nos citan allí dos tribus. Los vacceos, que ocupan las tierras agrícolas del valle del Duero, sobre todo la actual Tierra de Campos, y los vettones, que se sitúan en las zonas ganaderas del Sur, fundamentalmente las provincias de Salamanca y Avila. Dualidad económica y de población que se apreciaba ya en el momento anterior de la primera Edad del Hierro.

Hacia el siglo V a.C. se observan unas transformaciones culturales importantes: los poblados se amurallan, las cerámicas son sustituidas por otras con formas y técnicas decorativas muy distintas —por ser estas características de los niveles superiores del poblado de Las Cogotas se conoce a esta fase como Cultura de las Cogotas—, se introduce el torno, se generaliza el hierro, conocemos las necrópolis con profusión de armamento. Todos estos cambios se han querido poner en relación con la expansión de los vacceos hacia el Oeste y hacia el Sur. Por lo menos, una de las medidas que toman los generales romanos tras la conquista de estos territorios es devolver a los vettones los territorios de los que se habían apoderado los vacceos. La expansión hacia Occidente queda reflejada en la aparición de los temas decorativos de Las Cogotas en cerámicas y relieves arquitectónicos de la zona gallega. En un momento dado del desarrollo cronológico de esta cultura se introducen las cerámicas pintadas celtibéricas procedentes del área numantina.

Los galaicos

Al Norte se desarrolla la Cultura de los Castros astures, con claras conexiones con las culturas vecinas de la Meseta o de Galicia.

Una zona interesante, por sus peculiaridades, y tradicionalmente considerada como la más céltica, es la del Noroeste. Incluye las cuatro provincias gallegas actuales junto con la parte occidental de Asturias, desde el río Navia, y el norte de Portugal, desde el Duero. Nos dicen las fuentes que este territorio estaba ocupado por los galaicos, denominación que se generaliza para referirse a los habitantes del Noroeste tras los primeros enfrentamientos con las tropas romanas —expedición, en el 137 a.C., de Sexto Junio Bruto, por la que recibirá también el sobrenombre de galaico—. En realidad, esta denominación engloba a unos 38 nombres de tribus, lo que demuestra un inusitado fraccionamiento de la población, sobre todo si lo comparamos con la Meseta, donde el menor número de tribus refleja un mayor dominio territorial para cada una de ellas. En el Noroeste este

fraccionamiento de tribus se corresponde perfectamente con la dispersión del hábitat, siendo muy numerosos los asentamientos humanos —un cálculo tradicional da una cifra de unos 4.000 poblados—. También aquí el elemento más característico es el castro fortificado y se habla de Cultura Castreña del Noroeste para referirse al desarrollo cultural durante la Edad del Hierro.

El espacio peninsular

Estos territorios experimentaron una revitalización cultural y humana durante la Edad del Bronce, a mediados del segundo milenio a.C. Por entonces se había producido un empeoramiento general del clima, con un aumento de la sequedad; pero esto no afectó a las tierras del Noroeste, que conservaron un clima húmedo gracias a influencias de los vientos atlánticos, constituyendo así una zona idónea para el hábitat humano. Por otra parte, la riqueza en metales de esta región —cobre, oro en gran cantidad, pero sobre todo estaño, imprescindible para la fabricación de bronce—, la convierten en un foco importante de atracción, seguramente frecuentado por los navegantes tartessios y, tras la decadencia de Tartessos, directamente por los comerciantes fenicios. Efectivamente, la Edad del Bronce supone la ruptura del aislamiento que hasta ahora había caracterizado a esta zona.

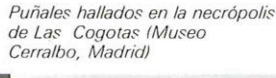
Este sustrato de la Edad del Bronce es, con seguridad, la base de formación de lo que luego será la cultura céltica castreña y contribuirá a la configuración de sus rasgos peculiares que la van a diferenciar de las culturas celtas clásicas del otro lado de los Pirineos.

El momento clásico en el desarrollo de esta cultura, desde el siglo V a.C. hasta la conquista romana, se corresponde con la aparición de cerámicas muy parecidas a las de Las Cogotas, y los mismos temas decorativos de la cerámica se aplican a elementos arquitectónicos, como jambas y dinteles. Esta comunidad de elementos culturales entre la Meseta y el Noroeste probablemente significa una introducción de elementos procedentes de la Meseta —y recordemos que en el mismo momento se está produciendo allí la expansión de los vacceos—, que, tras una asimilación por parte de las poblaciones indígenas, les conferirían un carácter céltico.

Al Sur, con centro en la región entre el Tajo y el Duero, están los lusitanos, cuyo desarrollo cultural plantea problemas parecidos a los del área galaica.

Torques de Burela, Lugo (Museo de Pontevedra)





Puñales hallados en la necrópolis de Las Cogotas (Museo Cerralbo, Madrid)



Sociedad y economía

Por María Luisa Pericot
Profesora de Historia Antigua. Universidad de Barcelona

LA organización social de los pueblos celtas de la Península Ibérica nos es conocida a través de varias fuentes; por un lado, están los autores clásicos, que nos dan la información vista a través de su particular objetivo, el de conquistadores de pueblos con una cultura diferente y no siempre fácil de entender; por otro, tenemos los datos arqueológicos, de los que tampoco es fácil deducir detalles respecto a algo, como es la organización social que no está ligada a ningún resto arqueológico concreto. Sin embargo, con el conjunto de ambas fuentes podemos llegar a conocer lo suficiente acerca de estos pueblos que ocuparon grandes extensiones de la Península Ibérica.

La existencia de áreas culturales diversas está comprobada por los estudios epigráficos de muchas inscripciones en las que se hace referencia a las varias lenguas habladas y a las gentilidades y centurias, organización social de un tipo que es propio de otros pueblos indoeuropeos, pero no tiene paralelos en el área mediterránea.

La organización en centurias la encontramos en las zonas habitadas por los pueblos galaicos. Las gentilidades ocupan una zona más amplia, es el área de los pueblos cántabros, astures, pelendones, vettones y carpetanos. Los romanos conquistadores nos hablan de tribus, pero en realidad no sabemos qué criterios siguieron para distinguir a unos de otros, si fue la lengua, los caracteres físicos o si respetaron las diferencias que las poblaciones indígenas se reconocían entre sí. No sabemos en qué consistían en realidad las centurias y las gentilidades, ignoramos si las tribus eran una organización que estaba por encima de ellas o no. Los estudios del profesor A. Schulten sobre las guerras cántabras con-

Piezas de cerámica procedentes del Soto de la Medinilla, Valladolid (Museo Arqueológico de Valladolid)



cluyen que eran una forma intermedia entre la tribu y las familias, siendo equivalentes a los clanes conocidos en otros lugares del mundo céltico. Tanto las gentilidades como las centurias serían autónomas económicamente, estando formadas por varios clanes que a su vez constituirían tribus, pero no sabemos si las tribus tenían una estructura uniforme. Lo que sí parece cierto es que varias tribus constituían la unidad superior, que llega a formar el Estado, que en caso de guerra, por ejemplo, actúa como entidad soberana, siendo el que hace los pactos o los rompe, según el caso. La gentilidad es una unidad social superior a la familia e inferior al pueblo o tribu formado por ellas. Según todas las fuentes se trataba de grupos autónomos, con unas complejas organizaciones internas entre los individuos, regidas por unas instituciones especiales, el «hospitium» y la «clientela». La pertenencia a una gentilidad estaba determinada por una comunidad de linaje y así se expresaba siempre en el modo peculiar de nombrar a las personas.

Las gentilidades son un tipo de instituciones muy propio de pueblos indoeuropeos, no poseyendo ningún vínculo especial con ningún territorio, pudiendo éste variar según la evolución de la tribu o a causa de alguna imposición externa, por lo que en algunos casos sabemos que los romanos dan el nombre de viejas gentilidades a algunas ciudades.

¿Cómo se entraba a formar parte de la gentilidad? Aunque ignoramos la respuesta exacta hay varias hipótesis, que van desde suponer que se nacía ya en ella, que no se adquiría hasta determinada edad o que se accedía a ella por alguna ceremonia especial. Sólo sabemos que en las ciudades convivían, a veces, individuos de varias gentilidades, lo que dio lugar a que se pudiera pertenecer a varias de ellas o a cambiarse de una a otra no individualmente, pero sí en grupo y en determinadas circunstancias. En el área castreña no existe la organización en gentilidades, apareciendo las centurias, que son una nueva forma de agrupación social también intermedia entre la tribu y la familia, sin que sepamos mucho más de su posible parelelo con la gentilidad ni de su estructura interna.

El «hospitium» y la «clientela» son dos instituciones típicas de los pueblos célticos. Su reconstrucción aquí y, en España, se ha podido hacer con el texto del escritor romano Diodoro, y numerosas inscripciones epigráficas que hacen referencia al mismo. Diodoro expresa la admiración que le merecen los pueblos célticos por el buen trato y la bondad con que distinguen a los extranjeros no enemigos que acuden a sus ciudades y territorios. En el texto se dice literalmente que se recibe al *hospite* por *la alabanza que merecía entre ellos quien acogía al peregrino y el favor de la divinidad bajo la cual se hallan colocados*. A este tipo de hospitalidad solían acogerse los mercaderes ambulantes, que recorrían el territorio con sus mercancías arriesgando sus vidas y propiedades en muchos casos. Hay también otras formas de *hospitium*, verdaderos pactos que se refrendan por escrito mediante téseras*, por los que una persona o una comunidad son recibidos en el interior de otro grupo social. Las relaciones internas que todo ello causaba debieron ser muy complejas y las desconocemos en su mayor parte.

La *clientela* practicada entre los celtas no tiene nada que ver con la institución del mismo nombre que existía entre los romanos. Su idea básica es la protección, lo que supone toda una ordenación jerárquica; podía ser individual o colectiva y a veces aparece en conexión con el «hospitium». Por encima de estas instituciones que regulaban las relaciones de los individuos entre sí con toda la complejidad que supone la existencia de tribus, clanes, etc., existían asambleas populares y consejos de ancianos que en algunas ocasiones, como son las guerras con Roma, adquieren gran influencia y determinan el establecimiento de pactos y alianzas o declaran la guerra a otras comunidades. De este tipo de asambleas derivan los poderes que ostentan los jefes caudillos que dirigen la guerra, cuyos nombres han llegado hasta nosotros por sus gestas frente a los ejércitos romanos.

Organización familiar

En cuanto a la organización familiar tenemos datos suficientes para saber cómo era a grandes rasgos, aunque nos faltan muchos pormenores de cómo se desarrollaba diariamente.

Los pueblos célticos fueron, fundamentalmente, patriarcales, aunque siempre tuvieron las mujeres un papel superior al de otras comunidades de este tipo. Parece claro que la mujer no permanecía en la casa recluida como en otros lugares, sino que alternaba su vida y su trabajo con el hombre, tomando parte a veces en la vida pública. Su fortaleza y decisión quedan demostradas en algunos hechos guerreros excepcionales, como es, por ejemplo, la lucha de Salmántica con Aníbal.

* Prenda de un pacto.

Según todos los indicios el matrimonio era monógamo y hay una serie de referencias de autores romanos, el principal de los cuales es Estrabón, de que entre los pueblos celtas de la Península Ibérica se mantuvieron ciertas costumbres de tipo matriarcal, tales como el ser el hombre quien dotaba a la mujer y son las mujeres las que heredan y también se preocupan de casar a los hermanos.

Cuenta también Estrabón que entre los pueblos cántabros existió la «covada» y que las mujeres después de dar a luz cedían el lecho a su marido y lo cuidaban. También nos dice que son las mujeres las que van a la guerra y las que cultivan la tierra, afirmación ésta que es válida para los pueblos del Noroeste, pero que no podemos extender a la totalidad del área céltica.

La existencia de clases sociales parece totalmente comprobada; se nos habla de hombres libres, en contraposición a otros que no lo son. En la guerra de Aníbal contra los vacceos se menciona la existencia de siervos, pero no sabemos si son pueblos sometidos o individuos de la misma raza que han llegado a esta condición por alguna situación anómala dentro de la comunidad.

Las diferencias entre las clases sociales fueron mayores en algunas regiones, destacando la Lusitania, donde existió también una aristocracia guerrera fuerte y poderosa.

Actividades económicas

La vida económica de los pueblos celtas de la Península Ibérica se basa en las actividades tradicionales de toda economía primitiva: agricultura y pastoreo, según se trate de zonas de llano o de monte o ambas actividades a la vez.

Los territorios de las submesetas situadas alrededor del sistema central poseen abundantes pastos, siendo por ello una importante zona ganadera, hecho que tenemos atestiguado por la presencia de unas esculturas muy típicas labradas en granito y que representan verracos y toros, cuyos autores son, indudablemente, los pueblos celtas que habitaban aquellas zonas. Sin embargo, no se trata de pueblos exclusivamente ganaderos, sino que poseían también una importante agricultura cerealista. Correspondería ésta al área ocupada por los vettones, con una población muy asentada en la tierra, mezclada con elementos anteriores a la indoeuropeización. Los castros del área vetona estarían rodeados de terrenos comunales, con sembrados, zonas de monte y pasto.

En la zona Norte y Noroeste dominaba la agricultura como base económica, aunque no hay grandes extensiones de cereal, sino más bien se trata de una agricultura de azada, siguiendo la tradición de la Edad del Bronce de los mismos territorios.

El área de cultivo de cereales ocupada por los pueblos vacceos fue sin duda una de las más ricas y de ella nos habla el historiador Diodoro, quien cuenta el modo cómo se organizaba el reparto de las tierras entre los habitantes de las poblaciones. Las tierras eran comunes y cada año se sorteaba la parte que cada uno debía cultivar, recolectándose y reuniéndose la cosecha para dar a cada uno según sus necesidades.



Carrito céltico procedente de Mérida (Museo de Saint Germain)

Con la llegada de los pueblos celtas a la Meseta cambian también las técnicas de cultivo de la tierra, ya que estos pueblos parecen ser los que inventaron y difundieron por Europa el arado de dos ruedas, arrastrado por varios pares de bueyes que por su gran fortaleza permitía el cultivo de tierras duras...

La presencia de cultivos de cereales a gran escala en la España céltica está atestiguada por múltiples hallazgos arqueológicos, entre los que podemos citar el poblado de

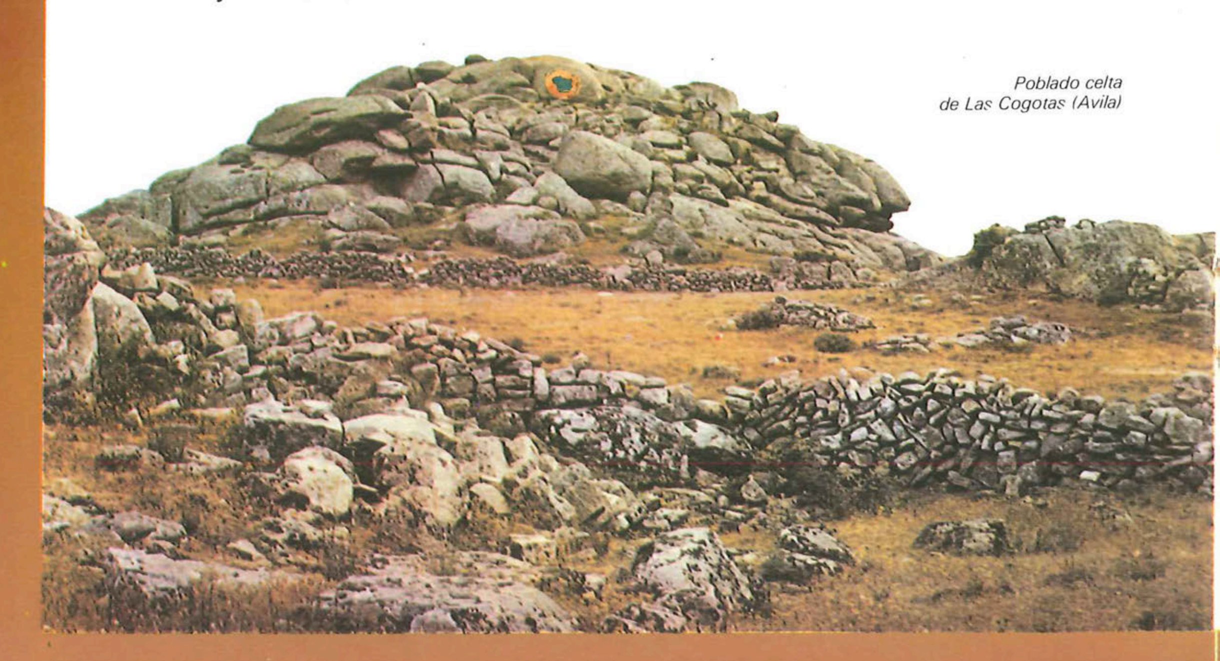
Cortes de Navarra, no lejos de la ribera del Ebro, excavado por el doctor J. Maluquer de Motes. Allí han aparecido en uno de los estratos en el que aparecen las casas destruidas por un incendio, grandes cantidades de trigo y cebada de las casas y almacenado en grandes tinajas de barro.

En las zonas occidentales fue importante el cultivo del lino, que llegaron a desarrollar una industria próspera en una época algo posterior. Para terminar con la economía de estos pueblos hemos de señalar que la caza jugó un papel importante, como es común en todo el mundo antiguo. Tanto ésta como la pesca tuvieron un papel importante en la dieta de las gentes que si bien poseían ganados éstos no eran lo suficientemente abundantes como para proporcionarles todo el alimento necesario. En la Península Ibérica hay caballos salvajes, rebecos, jabalíes, ciervos, etc. en los bosques y zonas montañosas de la Meseta; allí irían a cazarlos por medio de arcos y flechas, cuya cabeza sería de bronce, primero, y de hierro, más tarde. Sin olvidar el uso de trampas y redes, según las tradiciones heredadas del Paleolítico. También se seguían utilizando las hondas, tanto para la caza como para la guerra. Su uso parece demostrado por el hallazgo de grupos de piedras del tamaño de un puño en el interior del Castro de Coaña. La caza debía hacerse también a caballo y con jabalinas, ayudados o por perros.

La pesca también debía jugar un papel en la economía y en la dieta diaria, tanto la marítima en las zonas costeras como la fluvial en los ríos que cruzan la Meseta. Arqueológicamente se puede probar esta actividad por la presencia de muchos peces utilizados como motivo decorativo en la cerámica y por la presencia de conchas de almejas de río en el poblado ya citado, de Cortes de Navarra.

Vida cotidiana

El cuadro de la vida diaria de los poblados célticos de la Península Ibérica podemos trazarlo, empezando por ver cómo es su organización interna. Tomemos, por ejemplo, el conocido yacimiento de Cortes de Navarra, que es un tipo de poblamiento que representa una de las primeras etapas dentro de la evolución histórica de estos pueblos. Las casas se hallan alineadas, formando calles regulares siguiendo las curvas de nivel del terreno; algunos grupos de casas parecen haber sido construidas como barrios unificados, da la sensación de que se han construido todas las casas a la vez quizá para que fueran utilizadas por algún grupo que formaba un clan o que llegaba a asentarse en el poblado a un mismo tiempo. Este tipo de construcción se ha visto también en otros poblados del Bajo Aragón. Seguramente, Cortes de Navarra estuvo rodeado de un muro de tapial o adobes, o simplemente por una empalizada. En otros lugares, los celtas de la Península Ibérica adoptaron los tipos de casas ya existentes; así, en el Noroeste se sigue construyendo las casas circulares propias de pueblos de la Edad del Bronce. Muchos poblados estuvieron rodeados de fosos,



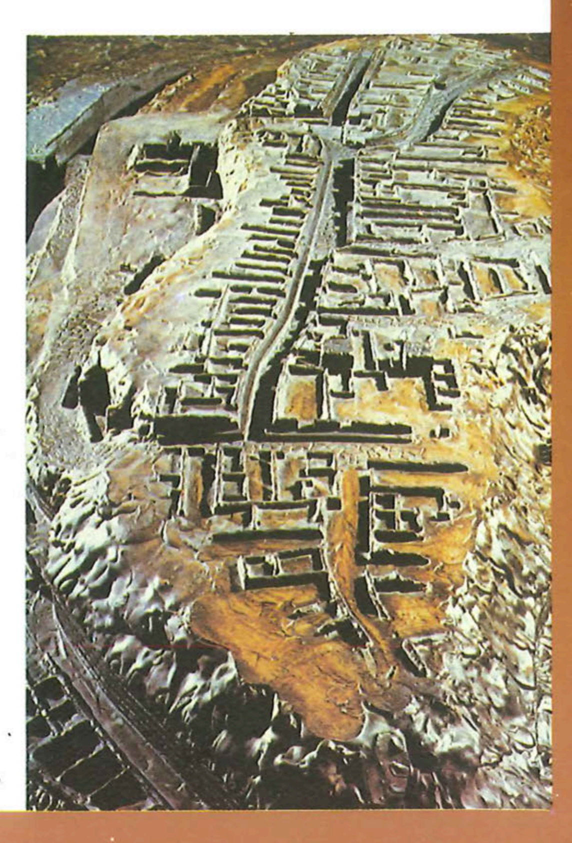
Poblado celta de Las Cogotas (Avila)



Vasija excisa de Tajada Bajera, Bezas (Teruel) siglo VIII-VII a.C. (Museo Arqueológico de Teruel)



Peine del tesoro de Caldas de Reises (Museo de Pontevedra)

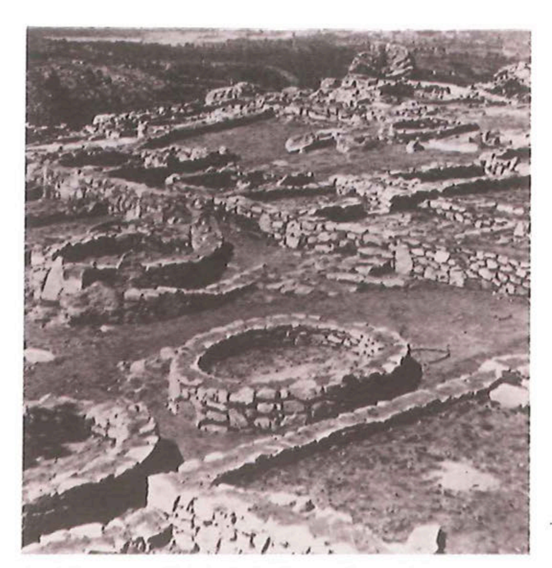


Maqueta del poblado celta-ibero-romano del Cabezo de Alcalá, Azaila (Teruel)

empalizadas y murallas como defensa de los mismos.

Las casas de Cortes de Navarra tienen forma rectangular alargada. En la parte delantera se encuentra un vestíbulo cuadrado que por una puerta comunica con la vivienda, en cuyo interior y en el centro se halla un hogar rectangular señalado por un bordillo de barro sobre el piso de la estancia. A lo largo de las paredes (a veces en su totalidad, otras sólo una) se encuentra un banco de poca altura. Hacia el último tercio de la casa suele aparecer una habitación cerrada por un tabique que no llega a cerrar, que se ha supuesto se trata de una despensa. La capacidad de estas casas es muy grande para la época, pues algunas llegan a alcanzar los 100 metros cuadrados, lo que supone un alto nivel de vida y un tipo de vivienda para estar dentro de ella, lo que es propio de climas lluviosos y fríos. Algunas de las casas de Cortes de Navarra poseían un zócalo pintado de rojo y el resto de la pared pintado de blanco. En el interior de la vivienda puede haber un departamento especial para ganado, sobre todo cerdos, que, junto con cabras, ovejas y ganado vacuno, eran la base de la economía, además de los cereales.

El tipo de alimentación de los habitantes celtas de la Península Ibérica varía según las zonas, aunque lo frecuente entre las tribus de la Meseta es que la base sean los cereales, con los que se hacía pan. Primero se molía el grano con un molino de mano que no era más que una piedra de forma cóncava y otra redonda con la que, a mano, se molía el grano. Todas las casas poseían un molino y también un horno de forma circular o elipsoidal de un metro o metro y medio de diámetro situado fuera de la casa, junto a la entrada o en el propio vestíbulo. Además de pan se consumía carne, tanto la de caza como la de los animales domésticos, que debían sacrificarse en determinadas épocas del año. La pesca ya vimos que era también una fuente de alimentos. En estas zonas de la Meseta se cultivaban legumbres, como es el caso del yacimiento del Soto de Medinilla, cerca de Valladolid, donde se han encontrado restos



Poblado celta de Citánia de Sanfins, en Portugal

de judías, garbanzos y lentejas. Los productos lácticos eran conocidos y apreciados; sabemos que se hacían quesos, lo que tenemos atestiguado por la presencia de vasijas de cerámica con agujeros que servían para colar la leche.

Entre las bebidas hay que citar la cerveza en primer lugar, como corresponde a pueblos que conocían la cebada y procedían de lugares donde ésta era conocida.

Las industrias desarrolladas por los pueblos celtas son las que proporcionan los objetos necesarios para el consumo doméstico: cerámica, hilado, tejido y fundición de metales y fabricación de instrumental de bronce y hierro.

La cerámica se hacía a mano en las primeras etapas de la cultura céltica, siendo en época avanzada, ya en el siglo IV a.C., cuando se introduce el torno a partir de la zona ocupada por los pueblos ibéricos. La cerámica, a pesar de estar hecha a mano, alcanza un grado grande de perfección, existiendo una cierta unidad de criterio respecto a la decoración, colores, etc. la técnica de fabricación sería la de superposición de capas de barro que luego se alisarían con espátulas de hueso y se recubrirían con un engobe que al cocer daba el color deseado.

El hilado de la lana y el lino eran otra de las ocupaciones importantes dentro de la economía general y en ellas tomarían parte muchos de los habitantes de los poblados. No podemos afirmar que fuera una ocupación de las mujeres. El huso y la rueca no serían muy diferentes de los que actualmente siguen empleando muchos pueblos residuales. El tejido de estas fibras era otra de las actividades importantes. No sabemos cómo eran los telares, que serían seguramente de madera. Se han conservado las pesas de telar, las fusayolas, que suelen ser de cerámica y son siempre muy abundantes entre los hallazgos arqueológicos. La lana procedía de los grandes rebaños de ovejas que pastan no lejos de los poblados; con ella se fabricaban un determinado tipo de capa llamado «sagum» por los romanos, que era muy apreciado a causa del riguroso clima de la Meseta. De él nos hablan los historiadores romanos que lo adoptaron durante los largos años que duraron las guerras con los celtíberos, exigiéndolos a los vencidos como tributo. Esta capa se llevaba sujeta con grandes fíbulas de bronce o hierro sobre el pecho, de modo que sirviera de protección contra el frío. No sabemos cómo sería el vestido femenino, parece que se llevaba un tipo de capa parecido.

Otra industria floreciente era la de curtidos de pieles y el trabajo del cuero. Los celtas poseían y apreciaban a los caballos, por lo que la manufactura de arreos de cuero era una de las ocupaciones en las que se unía lo útil y el gusto artístico. Pensemos también que un pueblo guerrero utilizaría escudos de cuero y vainas para las espadas.

El panorama de la vida céltica hay que completarlo con lo poco que podemos saber de las costumbres que rodeaban los ciclos vitales y que serían el motivo para romper la monotonía de la vida diaria. Las danzas y músicas, tan frecuentes en la España ibérica, no lo son en la céltica, aunque sí se bailaba en determinadas fiestas religiosas, como, por ejemplo, la costumbre de los pueblos del Norte de celebrar con danzas las noches de plenilunio. Había también cantos especiales para guerreros, cantos de victoria y de muerte.

Es posible que en algunos casos se practicaran algunos sacrificios humanos, aunque lo más frecuente era hacerlo con ovejas, cabras y caballos.

La Península Ibérica es rica en aguas termales, algunas eran ya conocidas y apreciadas por sus virtudes curativas, siendo dedicadas a los dioses llevando sus nombres. Los romanos, posteriormente, llegaron a conocerlas bien, construyendo grandes balnearios. También las plantas medicinales eran conocidas por los celtas, que poseían recetas que transmitían de generación en generación y eran objeto de comercio a otras zonas; de ellos habla Plinio con gran admiración hacia los pueblos que han sido capaces de descubrir sus virtudes curativas, aliviando así las enfermedades de los hombres.

Arte y cultura

Por Josep M.ª Fullola
Profesor de Historia Antigua. Colegio Universitario de Tarragona

ES indudable que en cualquier estudio pormenorizado de todo pueblo, ya sea prehistórico, como el caso que nos ocupa, ya sea histórico o moderno, el análisis de los factores culturales es un dato imprescindible.

Según se desprende ya de los artículos que anteceden a éste, los celtas representaron para la Península Ibérica, en la parte en la que mayor influencia tuvieron, un barniz, fuerte si se quiere, pero no fueron los portadores reales de una cultura homogénea con la del resto de Europa, que en su tiempo se hallaba plenamente bajo su dominio; lo cierto es que su mezcla con las poblaciones indígenas proporcionó a la cultura celta una evolución propia, entroncada, desde luego, con las grandes directrices culturales continentales del momento, pero con una cristalización final especial y propia.

Entre las influencias más fuertes que se han detectado en la cultura celta peninsular tenemos la proveniente de los etruscos, pueblo establecido en la zona central de la península italiana, entre el Tíber y el Arno, y que es el antecedente directo del pueblo romano. En la época que nos ocupa, siglos centrales del primer milenio a.C., la cultura etrusca se encontraba floreciente en su zona de influencia y podía comerciar con facilidad con sus vecinos del Norte, es decir, con las tribus celtas que dominaban la Europa continental. Por ese camino comercial llegaron a nuestra Península las influencias etruscas, como las fíbulas que representan un jinete, paralelas a las de Marzabotto, según Déchelette; como las decoraciones de círculos y palmípedos, estilizados en joyas y cerámica de los momentos finales; como los puñales de antenas hallados en Las Cogotas, Miraveche y otros lugares, paralelos, según García Bellido, a los italianos del tipo «prenestino»; como los cascos de tipo etrusco, frecuentes en la Hispania indoeuropea.

Pero vayamos ya a continuación a exponer brevemente el contenido de este artículo. El arte ocupará la primera parte del mismo en sus diversas variantes, escultura, cerámica, orfebrería y armamento, para proseguir con datos acerca de la metalurgia, la religión, sus dioses, sus creencias, etc., y para terminar esbozaremos también un apartado lingüístico, de gran importancia, como se verá en su momento oportuno.

Tenemos una distinción clara de pueblos a la hora de dividir la zona de influencia celta peninsular. Por un lado, están los habitantes del Noroeste, galaicos, con una cultura conocida como castreña, por habitar sus poseedores en castros; por otro, tenemos los pueblos de la Meseta y del Norte, que también habitaban zonas más extremas hacia el Sur y el Este, y a los que se conoce con el nombre de «cultura de los verracos», por los típicos animales representados en estatuas que veremos más adelante. Intentaremos llevar a cabo una explicación sincrónica de cada uno de los aspectos a tratar para estos dos grupos.

En lo que se refiere a la escultura, la caracterización entre los dos grupos, el del Noroeste y el meseteño, es muy fuerte; en cada uno de ellos tenemos un tipo bien determinado de escultura que le infunde personalidad propia, hasta el punto de que el círculo



Urna funeraria de Miraveche (Museo Arqueológico, Burgos)

cultural meseteño se conoce con el nombre de su forma escultórica más peculiar: los llamados verracos.

Tosquedad escultórica

Dato previo y común a ambas zonas es la tosquedad constante que se detecta en todo tipo de esculturas; sin embargo, nos parece que las referencias y comparaciones con el mundo ibérico han acentuado en gran modo las ilusiones constantes a la tosquedad del arte escultórico celta. Es evidente que éste no resiste una comparación con la perfección e incluso magnificencia de las obras realizadas a orillas del Mediterráneo, pero no creemos que sea ésta la óptica adecuada, ya que con ello minusvaloramos el trabajo de unos artistas que representaban lo que por tradición debían representar y no más; interesaban los broches y los vestidos y no las facciones en los antropomorfos, interesaban colmillos y no pezuñas en los zoomorfos. Todo ello era representado con pulcritud, dentro de una tosquedad achacable más bien al estilo tradicional de la escultura de aquellas zonas.

La causa de dicha tosquedad se nos escapa, puesto que no creemos correcto interpretarla como una imposibilidad de mejorar el estilo escultórico, ya que en otras manifestaciones, como los decorados de fachadas, orfebrería, etc., queda bien patente la calidad de los artistas de la zona. La simbología será más bien el camino por el que nos inclinamos, mucho más si tenemos en cuenta algunos detalles precisos que se ponen claramente de manifiesto en casi todas las obras.

La temática principal en cada una de las dos zonas es bien distinta. Mientras en la zona galaico-portuguesa dominan las representaciones antropomorfas, en la meseteña son las zoomorfas las que abundan. Sin embargo, éstas no son atribuciones exclusivas, ya que los zoomorfos se dan también con relativa asiduidad en la zona castreña del Noroeste.

El tipo de escultura dominante es la exenta; en los relieves destacan los figurados o decorativos y los geométricos, sobre todo en la zona del Noroeste, donde dichos relieves decoran con profundidad fachadas de casa, jambas y dinteles de puertas y otros elementos exteriores. Otra faceta de esta decoración son las llamadas «pedras formosas».

Las representaciones antropomorfas caracterizan sistemáticamente la zona del norte del Duero, Portugal y Galicia; se trata de guerreros, conocidos con el nombre de «guerreros galaicos». La tosquedad a la que aludíamos más arriba no está reñida con un cierto naturalismo que se centra en los accesorios que adornan la figura humana propiamente dicha. Los detalles anatómicos son prácticamente inexistentes, salvo en algunos casos en los que se marca algo la musculatura; la cara tiene la mínima expresión en ojos, nariz y boca. En cambio, tenemos un buen trabajo en la túnica, en la pequeña defensa en forma de escudo que llevan los guerreros, y sobre todo en las joyas, broches de cinturón, etc., que ciñen el vestido. Cabe señalar también que el tamaño de estos antropomorfos es casi el natural. Es obvio que no se intentaba realizar el retrato de un personaje concreto, sino más bien plasmar la idea de un guerrero.

Sería largo realizar una lista de lugares en los que se han realizado hallazgos de esculturas de este tipo. Los tenemos en Campos, Cabeceira do Basto, Viana do Castelo, Britelo, Montealegre, Rubiás, etc. En Pedralva, cerca de Guimaraes, se ha hallado una colosal representación humana, fragmentada, que podría interpretarse como significativa de un culto fálico o sexual; este ritual sexual podría sospecharse también de una estatuilla sedente femenina hallada en el castro de Lanhoso. Ritual también es la interpretación dada a las «cabezas de muerto» o «cabezas cortadas», que siguen tradiciones celtas y aparecen asimismo con profusión en la zona galaica.

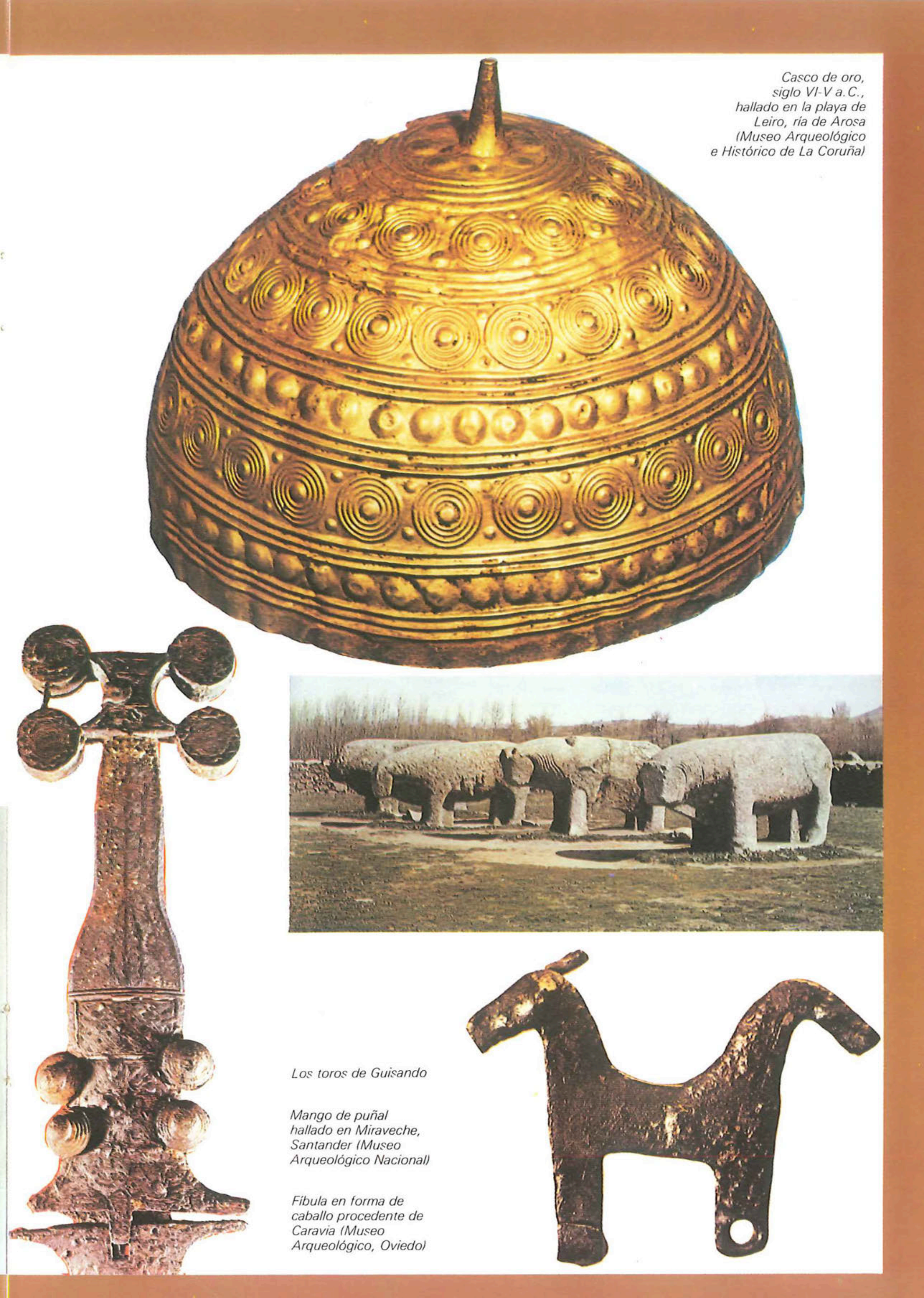
El bronce se conoce, por supuesto, y prueba de ello es una representación de un carrito, tosco, pero con una escena que no ofrece lugar a dudas. Sin embargo, es muy claro que no resiste la comparación estilística con las obras de arte levantinas ibéricas (jinete de la Bastida de Moixent, etc.).

Como muestra del contacto que sin duda existió entre las dos zonas que consideramos, tenemos las representaciones zoomorfas de verracos en la parte de Orense-Pontevedra. Allí se han identificado cerdos, jabalíes y una oveja.

La cultura de los verracos

Pero pasemos ya de lleno a la llamada «cultura de los verracos»; sus esculturas típicas están hechas en piedra mal tallada y poco trabajada. Los animales representados normalmente son los toros y los jabalíes. Pese a la tosquedad ya aludida se marcan con gran perfección algunas partes de los animales, tales como los colmillos, los órganos sexuales, las jetas y el espinazo.

La zona de predominio de estas esculturas se extiende por las actuales provincias de Segovia, Avila, Salamanca, Zamora y Cá-



Casco de oro, siglo VI-V a.C., hallado en la playa de Leiro, ría de Arosa (Museo Arqueológico e Histórico de La Coruña)

Los toros de Guisando

Mango de puñal hallado en Miraveche, Santander (Museo Arqueológico Nacional)

Fíbula en forma de caballo procedente de Caravia (Museo Arqueológico, Oviedo)

ceres. Es de destacar el conocimiento histórico que se ha tenido de estas esculturas y que se refleja a la perfección en la literatura clásica castellana. Así, por ejemplo, tenemos una referencia al toro que se situó en el puente de Salamanca en *El Lazarillo de Tormes*, y una directa alusión a los famosos toros de Guisando en una obra de Lope de Vega, concretamente, en *El mejor maestro, el tiempo*.

Los lugares más conocidos por la aparición de verracos son Guisando, los castros de Mesa de Miranda, Las Cogotas, El Berrueco, Gállegos, etc. El significado de tales representaciones se nos escapa, pero se han lanzado numerosas hipótesis acerca de una posible utilización como hitos territoriales entre tribus, como trofeos o como señalización de los caminos a seguir por los rebaños trashumantes. Sin embargo, una vez más, no nos es posible determinar con precisión la utilidad de estas esculturas.

La datación de la escultura celta debe centrarse en el siglo III-II a.C., con extensión hasta los primeros años de nuestra era. Dato significativo para esta atribución cronológica son las inscripciones romanas halladas sobre elementos escultóricos, tanto antropomorfos como zoomorfos. En un principio esto impulsó a suponer una cronología más baja para estas piezas, es decir, más moderna. Sin embargo, las excavaciones en los castros han sacado a la luz obras no tocadas por la romanidad y que nos documentan sin duda alguna su anterioridad. Lo que sí es seguro es que los romanos reutilizaron algunas de estas representaciones con fines propios, casi siempre funerarios en lo concerniente a los antropomorfos galaicos. De todo ello se desprende que la escultura celta tuvo una evolución propia, muy poco influida por la cultura romana que llega tarde y en precarias condiciones para marcar una línea bien establecida y trabajada a lo largo de varios siglos.

Origen de la escultura

Los orígenes de la escultura no parecen tener que buscarse en el mundo celta continental, ya que las obras de éste son algo más tardías y ya muy influidas por la colonización griega, por ejemplo, entre los galos meridionales. Según Maluquer hay que buscar las raíces de esta escultura celta del cuadrante noroccidental de la Península Ibérica en las influencias ibérico-tartésicas de siglos anteriores, que penetraron provenientes del Sur hacia áreas de tradición celta y cristalizaron en lo que hasta aquí hemos expuesto.

Otro elemento cultural que hemos de tocar forzosamente es la cerámica, muy útil para conocer la vida diaria de nuestros antecesores. En el caso concreto del ámbito celta peninsular tenemos una relativa abundancia de tal material, distribuido de la forma que sigue.

La zona meseteña es en la que mejor ha podido estudiarse la sucesión cerámica por su extensión y abundancia. Coexisten las dos técnicas principales de hacer cerámica: a mano y a torno.

Un primer tipo de cerámica a mano lo hallamos tan sólo en los poblados y nunca en las necrópolis; destacan los hallazgos de Las Cogotas, La Osera y Cerro del Berrueco. La cerámica es tosca, de barro no muy fino y con una decoración en profundas incisiones, tal como había sucedido en los elementos de la Edad del Bronce, o bien con excisiones relacionables con la cerámica excisa anterior. Es de destacar el paralelo en lo que se refiere a la decoración con las cerámicas del tipo Boquique (cueva cerca de Plasencia), que tienen, sin embargo, otro tipo de pasta y una atribución cronológica a la cultura anterior del vaso campaniforme.

Un segundo tipo de cerámica a mano se halla ya indistintamente en poblados y necrópolis, aprovechado en estas últimas como urna para guardar las cenizas del difunto, ya que estos pueblos eran incineradores. La pasta era más fina que en el tipo anterior y las paredes no son muy gruesas, con un color gris o negruzco; la cocción es buena y las superficies aparecen bruñidas. Las formas son sencillas, con cuencos de base plana y boca abierta, ollas globulares y cuello estrecho, con perfil en *S* y copas altas, de pie calado, con perforaciones triangulares en bandas circulares. Una última variedad son las cajitas cerámicas, de utilidad desconocida y forma rectangular u oblonga.

La decoración es incisa, normalmente hecha con un peine de hasta nueve púas, y traza motivos geométricos en bandas que influirán en la escultura del Noroeste que hemos visto antes, ya que los elementos difundidos son los que veremos decorando las jambas y dinteles de las puertas y las estelas funerarias de aquellos pueblos galaicos. Otros tipos de decoración, no tan abundantes, pero también importantes, son la simple incisión en línea o punteado, el estampado y el incrustado de clavos de cobre y pedazos de ámbar.

Pasemos ya a las variedades conseguidas mediante la técnica del torno, y que pueden ser con decoración incisa o pintada.

La primera variedad tiene una pasta rojiza o amarillenta y una decoración más pobre que su paralela a mano, con los mismos motivos. Las formas son bastante variadas, destacando las copas de pie alto.

La variedad pintada a torno tiene, como la anterior, una indudable influencia del mundo celtibérico. La decoración es también geométrica, pero se introducen ya elementos estilizados que representan figuras animales y humanas, como jinetes armados en unas cráteras halladas en Las Cogotas.

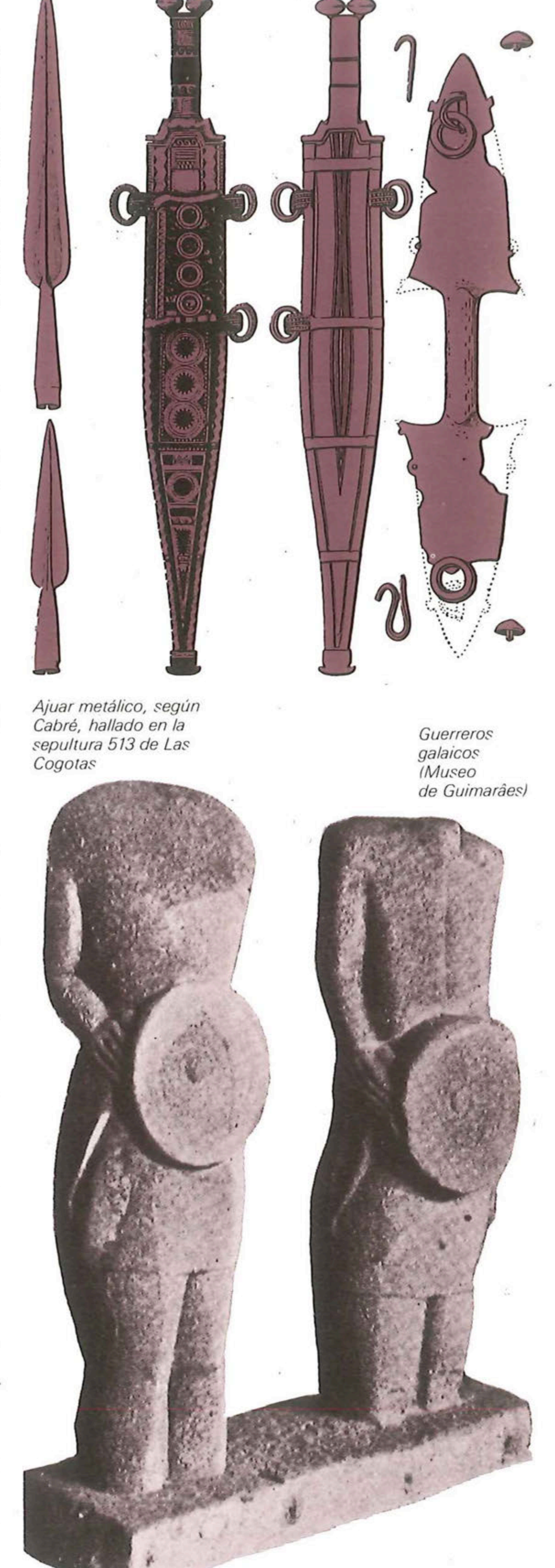
Cerámica a torno

Esta dualidad entre cerámicas a torno y a mano se observa también en los hallazgos de la zona Noroeste. Su clasificación es fácil, ya que no tenemos la diversidad tipológica que hemos visto hasta ahora. Las pastas son irregulares, ya gruesas y bastas, ya finas y arcillosas; su color es oscuro, pardo o negruzco. La superficie es pulida o bruñida, decorada sin figuras, sólo con motivos geométricos o estilizaciones, normalmente incisos, aunque también los tenemos estampados o grafiteados sobre la pasta ya cocida, de manera idéntica a la técnica descrita al hablar del grupo meseteño. Las formas son difíciles de reconstruir por la gran fragmentación de los materiales hallados. Sin embargo, pueden apuntarse sin dificultad las bases planas, los perfiles ovoides y los bordes abiertos, circunstancia esta última que hizo pensar a V. Gordon Childe en un paralelo o conexión cultural con las Islas Británicas, ya que esta forma de los bordes se da en el mismo momento en aquellas tierras.

Si bien las formas son propias, muchas veces no resulta difícil detectar en una vasija o en un cuenco una clara imitación de esas mismas formas en metal, por lo común en oro o plata.

Las cerámicas pintadas del Noroeste parecen tener que ponerse en relación con las del mismo tipo en la Meseta y no con la de zonas andaluzas o levantinas, como lo había sido hasta el momento. Los temas, sin embargo, son típicos de la zona, y la fabricación es indudablemente local.

La homogeneidad relativa que se aprecia en la cerámica celta ha hecho pensar a los investigadores en una centralización de la producción de esas vasijas y otros elementos. En efecto, y sobre todo a partir de la introducción del torno, parece desprenderse una uniformidad de formas que abona esta teoría. La producción cerámica a mano continúa, pese a todo, siendo de fabrica-



Ajuar metálico, según Cabré, hallado en la sepultura 513 de Las Cogotas

Guerreros galaicos (Museo de Guimarâes)

ción local, particular de cada poblado, no industrializada.

Según Maluquer, puede aventurarse una hipótesis de sucesión cronológica de los tipos cerámicos en base a los hallazgos de Las Cogotas. En un primer momento dominarían las cerámicas incisas y excisas vistas en primer lugar; les sucederían las finas incisas, con motivos solares; una tercera fase sería la adición del torno, culminando el proceso con la romanización. De todo ello se desprende una cronología similar a la dada para la escultura, es decir, durante los tres siglos anteriores al nacimiento de Cristo.

En lo que concierne a la orfebrería celta, vemos una diferenciación muy clara entre las dos zonas que hemos venido distinguiendo. Vamos, pues, a describirlas por separado, aunque tendremos siempre en cuenta las conexiones estilísticas que se pueden derivar de la proximidad geográfica, factor este último que también influye en la extensión de los hallazgos, muy grande si consideramos que estamos estudiando útiles de uso personal, que son los que viajan con mayor facilidad y rapidez.

Las joyas castreñas

En la zona Noroccidental el desarrollo metalúrgico no es una circunstancia nueva en el momento celta. En efecto, ya durante la Edad del Bronce esta faceta cultural adquirió gran predicamento y centró un buen número de tradiciones que se siguen respetando ahora, con la llegada de influjos celtas.

No parece dudoso que hubiera conexiones con otros territorios marcadamente celtas de las costas atlánticas europeas como la Bretaña francesa o Irlanda; muy posiblemente, las navegaciones marítimas posibilitarían ya unos desplazamientos tan largos bordeando la costa. Por todo ello no es de extrañar la detección de paralelos en la tipología de las joyas celtas del Noroeste. Pero esos influjos no llegaron a anular de manera definitiva las tradiciones locales, que perdurarán por encima de ellas en este campo de la orfebrería.

Otro de los motivos determinantes de la brillantez de las joyas de la zona es la gran riqueza de oro de la región gallega, pues sus ríos ofrecieron tradicionalmente gran cantidad de arenas auríferas, muy buscadas y explotadas en la antigüedad y posiblemente causa de las guerras que los romanos sostuvieron para conquistar este territorio, según Gómez Moreno. Es por ello que la inmensa mayoría de los elementos que vamos a considerar están fundidos en oro más o menos rebajados, pero a veces, incluso, puro. La plata es rara y siempre producto de importaciones.

El elemento sin duda más característico de la orfebrería galaica es el torques, collar rígido, no cerrado y fundido en oro, si bien tenemos alguno en bronce y chapado en oro. Hay una gran variedad en la decoración de los remaches finales de la pieza, con formas que van desde el simple gancho o botón a troncos de cono, campaniformes, tulipanes, etc., y que a su vez pueden estar decoradas con motivos geométricos o vegetales, cruces, rosas, etc. Asimismo varían las secciones de la varilla, circular, cuadrada o romboidal, lisa o decorada con hilos de oro, espirales, etc.

La abundancia de los hallazgos de torques hacen que sean numerosos los museos que los tienen en sus colecciones, tanto en Galicia como en otros puntos. Dato interesante es que casi siempre se han encontrado sueltos y no como producto de una excavación en un castro; sin embargo, la geografía de los hallazgos no ofrece dudas.

Otro elemento decorativo personal son los brazaletes. La decoración es menos profusa que la de los torques y el oro es la materia prima normal, si bien tenemos documentados objetos en plata y bronce. Pueden ser abiertos como los torques o cerrados y su uso era indistinto en hombres y mujeres. De hecho, las estatuas de guerreros a las que hemos aludido anteriormente muestran torques y brazaletes.

Los pendientes están bien caracterizados en la región noroccidental. Si bien la fabricación es sin duda local, parecen detectarse influencias púnicas en los arracimados de tales objetos. Su uso era exclusivamente femenino y a pares; se colgaban tanto del lóbulo de la oreja, con perforación, como hoy en día, como del pabellón alto de la misma.

Las lúnulas las tenemos bien documentadas en los momentos más antiguos de la orfebrería, pues son reminiscencias de una antigua tradición de la Edad del Bronce. Esos collares de amplio pectoral tienden a desaparecer ante la fuerza pujante de los torques.

Y señalemos, por fin, unas dudosas diademas halladas en Cangas de Onís, con decoración geométrica, y en Ribadeo, con escenas humanas estabilizadas. En realidad son cintas de oro grabadas, pero también bastante fragmentadas.

Panorama bien distinto nos ofrece la zona meseteña. En ella, según el cronista romano Apiano, no se apreciaba ni el oro

Estela en forma de disco (Museo Prehistórico, Santander)

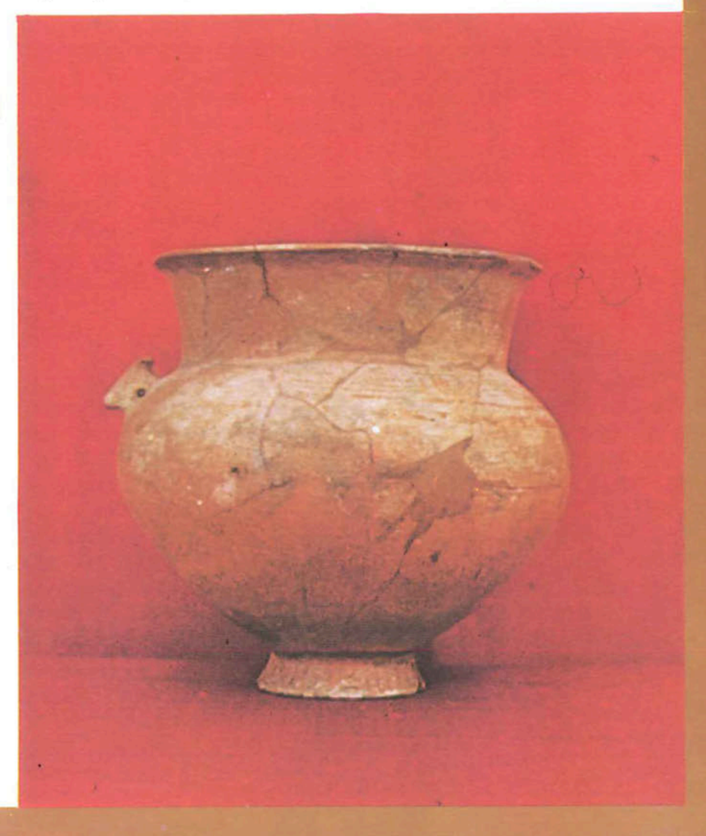
Guerrero celta, según una estela del siglo II a.C. (Museo Arqueológico de Burgos)

Hachas de bronce (Museo de Pontevedra)

Cerámica celta de San Cristóbal (Mazaleón, siglo VI a.C., Museo Arqueológico de Teruel)







ni la plata. No tenemos documentada una orfebrería típica de la zona, sino tan sólo aires comunes celtas que sirven de factor diferenciador de otras áreas hispanas como la ibérica o la púnica. De hecho, aquí la mezcla consiste en los elementos de La Tène, segundo momento de la Edad del Hierro, junto a tradiciones indígenas, siguiendo a López Cuevillas, como haremos en este apartado.

Orfebrería meseteña

Quizá el elemento más característico sean los broches de cinturón de bronce, damasquinados en oro y plata. Los temas decorativos son geométricos curvilíneos, espirales, triquetras y esvásticas. En algunas ocasiones tenemos jinetes, animales fantásticos o caballos, enteros o no, que se extienden a zonas periféricas ibéricas o celtibéricas.

La zona que nos sirve mejor para el estudio de la orfebrería meseteña es curiosamente la fronteriza entre los mundos celta e ibérico, la localizada en las actuales provincias de Jaén y Córdoba. La causa son las minas, que producían la materia prima, y el mundo artesanal que se movía alrededor de esa producción; los artesanos no sólo aprovechaban el metal nuevo, recién salido de la mina, sino que refundían muchas piezas ya inservibles y amortizadas. Gracias a esos conjuntos de joyas guardadas por los orfebres conocemos gran parte de lo hasta aquí expuesto, ya que es un hecho claro que con las inseguridades de la guerra esas riquezas se ocultaban y a veces quedaban resguardadas durante muchos siglos, hasta hoy.

Arqueológicamente se conoce a esos conjuntos con el nombre de tesoros; contienen normalmente monedas, lo cual nos ayuda con aproximación a fijar una fecha «ante quem». En el caso que nos ocupa, la datación abarca los tres siglos anteriores a Cristo, considerándose el detonante de la ocultación la campaña del general romano Sertorio.

Muchos son los tesoros descubiertos hasta el momento presente; señalaremos aquí algunos de ellos, sin que con esto los destaquemos más o menos de los no citados, que omitimos por falta de espacio. En Jaén tenemos los de Santiago de la Espada, Menjíbar, Santisteban del Puerto y Martos; en Córdoba, la Dehesa del Castillo de Azuel, Molino de Marrubial y los Almadenes de Pozoblanco; en Cuenca, Salvacañete; en Guadalajara, Drieves; en Ciudad Real, Torre de Juan Abad; incluso en Portugal, Castelo Branco, Guiaex y Penhagarcia.

La mezcla cultural que vemos en los tesoros, de elementos celtas, ibéricos y púbicos, puede explicarnos las influencias a las que nos hemos estado refiriendo a lo largo de estas páginas. Algunas veces los artesanos logran piezas realmente extraordinarias con complicadas técnicas, como la del granulado y la filigrana; por ejemplo, en dos figuritas de unos pendientes de Santiago de la Espada.

Un último elemento que cabe destacar dentro de la orfebrería meseteña son las fíbulas de plata con escenas de cacerías, que entroncarían con las de bronce del resto de la Meseta, con decoraciones zoomorfas.

La metalurgia

La metalurgia propiamente dicha, diferenciándola ya de la orfebrería, es también muy rica en las zonas celtas peninsulares. Presenta una mayor variedad y brillantez en la zona meseteña, según se desprende de las decoraciones nieladas* y otros elementos suntuarios que expondremos a continuación.

Desconocemos en concreto el proceso metalúrgico (forja, etc.), pero podemos constatar una gran perfección técnica en el sector meseteño, que se ve disminuida ligeramente en Galicia. Las influencias celtibéricas no sólo atañen a elementos técnicos, sino que parece ser que la ideología entró también en la zona de los verracos; los enterramientos son el principal conducto por el que nos han llegado las armas de los guerreros, debido a la creencia en la propiedad privada de las mismas, lo que llevaba a que fueran sepultadas con su dueño. Según Cabré, esto conduce a una rápida evolución tipológica, ya que es normal que los sucesores del difunto busquen nuevos elementos decorativos que mejoren la apariencia y la calidad del nuevo armamento.

Entre los elementos que podríamos denominar de cintura, es decir, puñales y espadas, tenemos pocos datos para el Noroeste. Abundan los puñales amortizados, rotos, de bronce o hierro; las espadas escasean y destaca la hoja con nervadura central. Para la Meseta hay que señalar el puñal del tipo Miraveche, que ostenta un pomo en forma que recuerda una nave y una empuñadura con cachas de hueso o

* Esmalte negro compuesto de plomo y plata fundidos con azufre.

madera que normalmente han desaparecido. Siguiendo a J. Cabré, es el tipo más característico. En cuanto a las espadas destacan las del tipo Alcácer do Sal, con un pomo con dos bolas o espirales que recuerda las antenas típicas de las espadas del Hallstat, primera Edad del Hierro, continental; sus empuñaduras son nieladas, con decoración en formas geométricas y vegetales; también entre las espadas han podido detectarse influencias de La Tène, con sus largas hojas, o bien las ibéricas, las típicas falcatas que se hallan en algunas sepulturas de la zona.

Las lanzas acostumbran a ser largas, de madera y punta de hierro. Sin embargo, en la zona galaica las fuentes nos indican el uso de una lanza corta, dato que se ve confirmado por unas escenas en la diadema de Ribadeo, ya reseñada.

En los escudos hay una diferenciación clara entre las dos zonas, pues si bien en ambas son pequeños y redondos, al estilo de la caetra, y con un umbro metálico central, en el Noroeste tienen forma cóncava y no ostentan agarraderas, y en la Meseta, por el contrario, son convexos y con asas. Todos están hechos de cuero tensado con nervios.

Tenemos, por fin, elementos documentados en sólo una de las zonas. En la meseteña hay restos de corazas, sólo algunos discos pectorales y correajes. En Galicia tenemos hachas dobles, de pequeño tamaño, que pueden ser votivas o arrojadizas; y también merecen considerarse los cascos, bien documentados en las fuentes, pues Estrabón nos habla de una triple cimera y Diodoro de una forma de capacetes en cuero. Otro dato, dudoso, puede venir de las representaciones escultóricas. Pero lo cierto es que sólo puede destacarse el hallazgo de Lanhoso, un casco de bronce, cónico y con un espigón puntiagudo, que cabe calificar de tardío y de gran influencia continental.

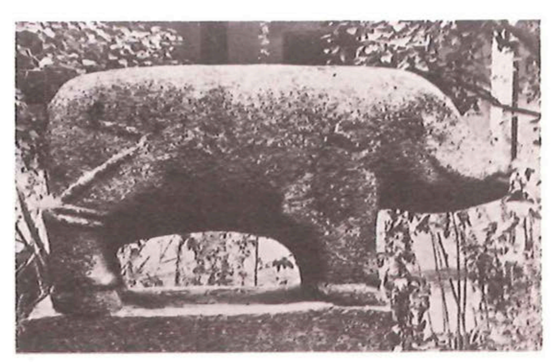
Prendedores celtas

Un último elemento de la cultura material que vamos a considerar son las fíbulas, que servían para prender las túnicas o ropajes que se usaban en la antigüedad. Las tenemos documentadas casi excluxivamente en el área meseteña y la materia prima es tanto el hierro y la plata como el bronce, con predominio de este último.

Entre las fíbulas tenemos un fondo hallstático, indudable, antiguo, pero que parece perdurar en la zona que nos ocupa durante tanto tiempo, que llega a hacer inservibles



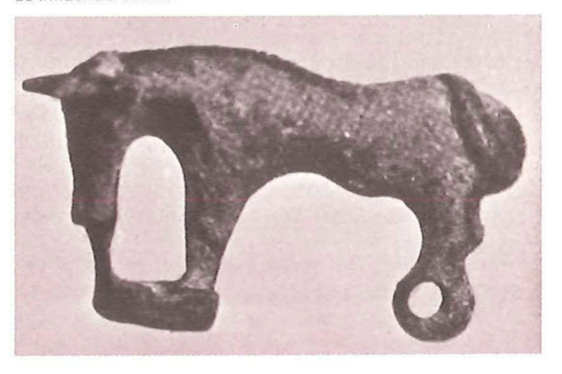
«Pedra formosa» procedente de la citania de Briteiros



Verraco abulense



Fíbulas zoomórficas de influencia céltica



las clasificaciones cronológicas basadas en los estilos. Tenemos asimismo fíbulas de clara influencia de La Tène, pero que pierden también su valor cronológico por las circunstancias que acabamos de exponer.

En este área, que también se conoce con el nombre de uno de los yacimientos capitales de la misma, Las Cogotas, destaca un tipo de fíbula de torrecilla, por terminar en esa forma el remate del pie acodado; el arco es sencillo.

Un segundo tipo que se encuentra en la zona son las llamadas fíbulas hispánicas, circulares y anulares, que también se dan en otros lugares de la Península.

Por fin tenemos las fíbulas zoomorfas, que tienen el arco en forma de animal, normalmente de caballo, ave o jabalí. Alguna de ellas representa una cabeza humana, circunstancia que Maluquer asocia a los cultos celtas continentales, con ritos de cabezas-trofeos. La verdad es que la influencia celtibérica es grande en lo que concierne a las fíbulas en la zona meseteña que nos ha ocupado.

Como resumen de las ideas artísticas celtas podemos destacar el alto grado de simbolismo y abstracción, tan elevado que el arte se convierte en puramente decorativo. Sus raíces se pierden en el mundo hallstático, de la primera mitad del primer milenio antes de Cristo; pero la influencia del sustrato preindoeuropeo y de los romanos, al principio y al final de su esplendor, respectivamente, hizo cristalizar un arte celta hispánico con una personalidad propia. El contraste evidente con el mundo prerromano oriental peninsular no ha de hacernos minusvalorar, como ya hemos señalado al principio, el arte de los pueblos del cuadrante noroccidental hispano.

Creencias religiosas

Capítulo sin duda interesante dentro del mundo cultural celta es la religión que profesaban nuestros antepasados. Según Blázquez, la comparación puede establecerse, a grandes rasgos, con la Galia, mientras que Germania y Britania parecen no guardar una relación tan estrecha con nuestros territorios. Sin embargo, todos los autores consultados coinciden en señalar en Hispania la falta de una casta sacerdotal a la manera de la de los druidas galos, producto quizá del deficiente conocimiento que del conjunto religioso celta peninsular tenemos.

La epigrafía latina ha sido, en cierta manera, una de las pocas ayudas para establecer datos fiables en cuanto a divinidades; parecen haberse documentado hasta trescientos veinte dioses, o quizá sería mejor decir objetos de latría, puesto que muchas veces son cosas las que se adoran y no entes. La escultura, que en otras zonas también ha cooperado, no ayuda al esclarecimiento de ningún dato.

«Grosso modo» podrían establecerse unas raíces diferenciales entre los grupos que hemos venido estudiando más o menos por separado; en lo que concierne a los pueblos meseteños, la influencia celtibérica se deja sentir con fuerza, mientras que los pueblos del Norte y del Noroeste tienen reminiscencias preceltas junto a las celtas típicas.

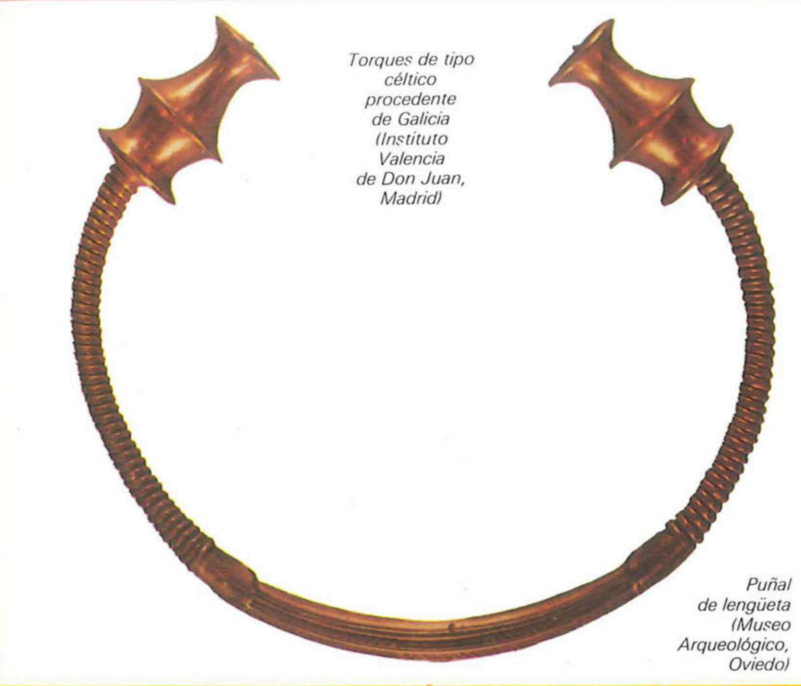
La mayoría de los nombres que conocemos, sobre todo del área meseteña, son tardíos, a partir del siglo II a.C., y en muchas ocasiones están ya asimilados a divinidades romanas; la mayor parte son inscripciones en aras o altares dedicados a esa divinidad, de la que sólo conocemos ese nombre. Tal diversidad puede responder a dioses de pequeñas tribus o incluso de gentilidades.

Los grandes dioses

Pero pasemos a una descripción somera de los grandes dioses celtas que tenemos atestiguados con seguridad en nuestra Península. En lugar preeminente colocaríamos a Lug, conocido en Irlanda, Escocia y la Galia con nombres muy semejantes. A él se dedicaba uno de los cuatro festivales estacionales que los celtas celebraban a lo largo del año, llamado Lugnasa, que iba de mediados de julio a mediados de agosto, época de las cosechas. Se le representaba como un joven apuesto, de poderes ilimitados, dios de la tierra, de las artes manuales, de los viajes, de la acuñación de moneda y del comercio. Su epíteto irlandés era Samb-il dánach, es decir, hábil en muchas artes. Por todo ello, César no duda en asimilarlo a Mercurio.

El dios celta Marte se convierte para Roma en Ares, señor de la guerra. En las fuentes, Estrabón nos atestigua sacrificios a la divinidad, tanto animales como humanos, práctica esta última que los romanos prohibieron. Con todo ello se relacionarían las esculturas de «cabezas cortadas», señaladas al principio de este artículo.

Dentro del ciclo de la fecundidad podemos englobar un buen número de cultos, a veces incluso dudosos en su forma externa, pero que parecen poder atribuirse en el fondo a ritos de reproducción y abundancia. En la zona galaica tenemos a la diosa Poemana; en la meseteña destaca-

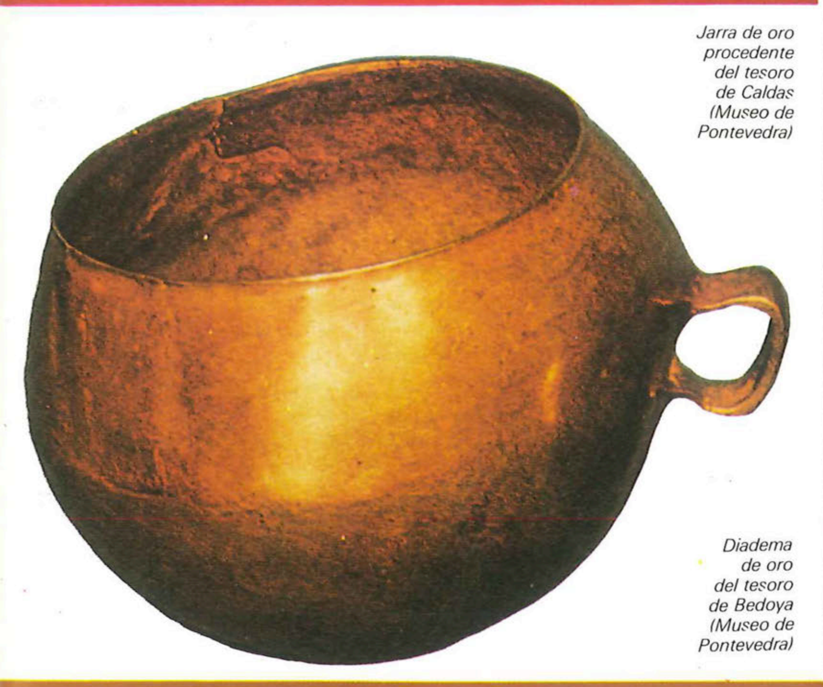


Torques de tipo céltico procedente de Galicia (Instituto Valencia de Don Juan, Madrid)

Puñal de lengüeta (Museo Arqueológico, Oviedo)



Jarra de oro procedente del tesoro de Caldas (Museo de Pontevedra)



Diadema de oro del tesoro de Bedoya (Museo de Pontevedra)



ríamos la simbología del dios Cernunnos, asociado en alguna ocasión con la serpiente y representado con los brazos en alto y cuernos de ciervo.

Como enlace con los cultos astrales tenemos el toro, símbolo de fuerza y de fertilidad y ligado siempre a la luna como deidad femenina, asociación normal en los pueblos pastores y de origen mediterráneo.

Los cultos astrales, los lunares concretamente, tienen entre los celtas una vinculación directa con ideas de ultratumba, según Hatt; esa unión se ha postulado también para explicar las cazoletas y los geométricos grabados en piedras de Galicia y de la Meseta y en las esvásticas, trísqueles, crecientes lunares, etc., de estelas funerarias indoeuropeas peninsulares.

A su vez, el culto a los muertos se asocia, en la Hispania indoeuropea, al culto solar, dos manifestaciones de capital importancia en toda cultura. Tanto en la orfebrería castreña como en la cerámica meseteña de Las Cogotas tenemos bien documentadas representaciones solares en forma de círculos radiados, esvásticas y cruces; más complejas son otras escenificaciones, como la del sol, con figura humana sobre barco, en La Osera y Las Cogotas, o bien las barcas solares del círculo vacceo, de las que nos habla F. Wattenberg.

En los cultos solares sólo conocemos el nombre del dios romano asimilado, Júpiter; de la denominación indígena en la zona galaica sólo conocemos el prefijo Cand-, que significa brillar, arder, por su asociación con la tempestad, los rayos y otros fenómenos similares, como su asimilado romano.

Por último, muchas divinidades femeninas se engloban siempre bajo la denominación de Matres y tienen relación protectora con la Naturaleza y la vida humana. Otras divinidades celtas eran tenidas como protectoras de diversos hechos o cosas: los caminos, las encrucijadas, las aguas en general, los ríos, las fuentes, los montes, los bosques, los ganados, etc.

Problemas lingüísticos

Daremos, para finalizar este artículo sobre el arte y la cultura celta en la Península, una breve ojeada a la cuestión lingüística de aquel pueblo, muy debatida por diversos autores, como se verá a continuación.

Un hecho seguro son las fuentes de información que tenemos para hablar de la lengua celta; nos referimos a inscripciones en estelas u otros objetos y a los nombres de lugares, como los terminados en -briga, -dunum y -acum.

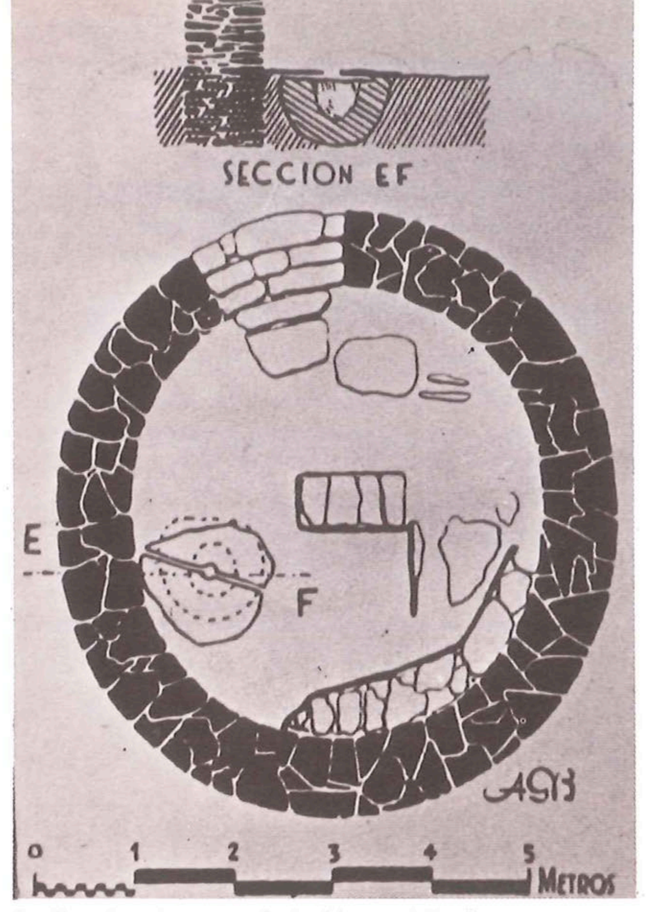
De los estudios realizados hasta la fecha parece desprenderse un sector, el lusitano, en el que se patentizan unos rasgos preceltas claros, calificados de ligures, pueblo que habitaba la zona mediterránea del norte de Italia. A este sustrato preindoeuropeo se superpone en la zona meseteña y septentrional un manto de rasgos propiamente celtas, con características tan típicas de esa modalidad como la inflexión, la sonorización y la síncopa.

Como bien apunta López Monteagudo, caben tres posibilidades de explicación de esa dualidad; o bien una invasión ligur previa a la celta, o bien un contacto celtaligur en Italia, donde los indoeuropeos adquirirían los rasgos arcaicos preindoeuropeos que se fosilizarían en su lengua, o bien una invasión peninsular simultánea de celtas y ligures, dato más improbable por la disincronía entre estos dos pueblos.

Toda esta triple cuestión va ligada íntimamente con la problemática de las invasiones y los movimientos de los pueblos. Una postura es la de Almagro Basch, que sustenta una invasión celta única, la de los «urnenfelder» o de la Cultura de los Campos de Urnas; con ella se complementa la del lingüista alemán Untermann, que propone un desarrollo convergente de un indoeuropeo común en la Península, luego diversificado en una variante más precelta occidental y otra más celta, oriental, ligada también al área celtibérica.

Por el contrario, García Bellido apoya la teoría de las dos invasiones indoeuropeas: una, de los pueblos de los Campos de Urnas, hacia el siglo VIII a.C., y otra, de celtas propiamente dichos, quizá provenientes del área belga, y que se desarrollaría hacia el siglo VI a.C. Lingüísticamente, A. Tovar apoya esta hipótesis al hablar de lenguas distintas de origen, pero de tronco común indoeuropeo.

Por fin, hay que señalar la teoría ecléctica y en nuestra opinión acertada que suscriben investigadores tan prestigiosos como J. Maluquer de Motes y J. M. Blázquez, que hablan de un fluir continuo de aportaciones continentales indoeuropeas durante todo el primer milenio antes de Cristo, lo cual da, antes de la llegada de los romanos, una cierta unidad étnica y lingüística en el sector que nos ha ocupado en la Península Ibérica.



Sección y planta de una casa circular del castro de Pendia, Asturias (según diseño de A. García Bellido)


Estela funeraria (Museo de Badajoz)


Estela procedente de Lombera (Museo de Prehistoria, Santander)

Bibliografía

Ballester, R., *Historia de España,* volumen I, Barcelona, Aymá, 1956. Bozal, V., *Historia del arte en España,* volumen I, Madrid, Istmo, 1978. Cabo, A., y Vigil, M., *Condicionamientos geográficos. Edad Antigua,* volumen I de *Historia de España,* Madrid, Alianza, 1975. Caro Baroja, J., *Los pueblos de España* (2 vols.), Madrid, Istmo, 1975. Garraty, J. A., y Gay, P., *El mundo antiguo,* Barcelona, Bruguera, 1981. Grimberg, C., *El alba de la civilización,* Barcelona, Daimón, 1982. Hatt, *Los celtas y los galorromanos,* Barcelona, Juventud, 1972. Lozoya, M. de, *Primeros vestigios humanos en la Península hispánica,* Barcelona, Salvat, 1974. Mangas, J., y otros, *Introducción. Primeras culturas e Hispania romana,* volumen I de *Historia de España,* Barcelona, Labor, 1981. Mansuelli, G. A., *Las civilizaciones de la Europa antigua,* Barcelona, Juventud, 1972. Presedo, M. J., *Manual de Historia Universal,* Madrid, Nájera, 1983. Risco, V., *Historia de Galicia,* Vigo, Galaxia, 1978. Roldán, J. M., y otros, *Historia de España Antigua I,* Madrid, Cátedra, 1978. Roldán, J. M., *Introducción a la Historia Antigua,* Madrid, Istmo, 1975. Starr, Ch. G., *Historia del Mundo Antiguo,* Madrid, Akal, 1974.

